





Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina.
Obra con César Manrique



TORCUSA

La publicación de este libro ha recibido una subvención nominada de la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias (2022).



Diseño de la colección: Alberto Corazón
Maquetación: Zita Moreno wernerpuig.com
Coordinación editorial: Bisi Quevedo

© del texto: Mario A. Perdomo
© del prólogo: José María Fernández-Palacios

Reservados todos los derechos de esta edición
para la Fundación César Manrique.
Taro de Tahíche – c/ Jorge Luis Borges, 16. 35507 Tahíche. Lanzarote. Islas Canarias.

ISBN:
Depósito legal:
Imprime: Imprenta Roal, S.L.

Impreso en España. Papel reciclado.

Mario Alberto Perdomo

Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina.
Obra con César Manrique





Índice



Prólogo	13
Introducción	25
Lago Martiánez - Puerto de la Cruz	
El inicio: las piscinas de Los Alisios	33
Lago Martiánez	39
La polémica de la peatonalización en Puerto de la Cruz	47
Obras inacabadas por César Manrique	
Playa Jardín, Puerto de la Cruz	59
Parque Marítimo César Manrique, Santa Cruz de Tenerife	61
Parque Marítimo del Mediterráneo, Ceuta	66
El influjo de César Manrique en Amigó y Olcina	
Otras ideas de Manrique con Amigó y Olcina	75
La forma de trabajar de César Manrique	82
Epílogo	95
Documentación	101
Imágenes	105
Agradecimientos	117



Prólogo



Una invitación a prologar un libro implica dos reconocimientos diferentes, no incompatibles. Uno, más reconfortante, sería que puedes ayudar a la editorial con tu contribución a hacer más atractiva la lectura o venta del libro prologado. Y el otro, menos reconfortante, es que te estás haciendo viejo. En todo caso, por el cariño que la Fundación César Manrique siempre me ha manifestado y, además, por el hecho de que tuve la oportunidad en mis años mozos de conocer personalmente al autor del libro, no podía negarme a hacer este prólogo.

Quiso el destino que la apuesta de Canarias por el turismo de masas, que comienza en los años sesenta del siglo pasado con la apertura económica del régimen franquista en busca de nuevas entradas de divisas, coincidiera con el momento en que César Manrique, el artista lanzaroteño, y uno de los protagonistas de esta publicación, fuera ya internacionalmente reconocido, aunque no tanto en su tierra, más allá de Lanzarote. Algunos políticos de aquel entonces supieron entender la importancia del cambio que personalizaba apostando por él, y esa apuesta tuvo una recompensa inmensa que aún sigue dando dividendos a las corporaciones que así lo hicieron.

Tal y como nos narra Mario Alberto Perdomo en este libro, César Manrique consagró con el ejemplo de su obra un cambio cualitativo en la forma de entender y respetar el paisaje y en la forma de valorar y reivindicar lo propio, primando siempre el respeto por la naturaleza y por la arquitectura local integradas en el paisaje, respecto a los elementos ajenos al mismo.

Las obras que le encargaban (parques marítimos, miradores, restaurantes, etc.) tenían que ser evidentemente funcionales, pero al encargo César le añadía que fueran sencillos, integrados en el resto de los elementos rurales o urbanos cercanos, y, especialmente, bellos. Para César, sustituir la naturaleza por instalaciones para el disfrute del ocio por parte de las sociedades actuales exigía que el resultado final del proyecto, además de eficaz, seguro y rentable, fuera tan bello como lo sustituido, y reemplazar la belleza natural no es nada fácil. En Canarias conocemos de primerísima mano las innumerables tropelías que en nombre del desarrollo se han cometido contra nuestra naturaleza excepcional, algunas de las cuales fueron combatidas vehementemente por César hasta el final de sus días.

Para escribir el libro que tiene en sus manos, Mario Alberto Perdomo ha desarrollado una labor de investigación encomiable, basada en recopilar no solo los testimonios orales de las personas de las que César se rodeó para llevar a cabo sus proyectos (ingenieros, aparejadores, jefe de obras, contratistas, etc.), sino también de documentos referidos a proyectos que se encargaron pero que, por diferentes vicisitudes, nunca llegaron a realizarse y aún duermen en las gavetas de alguna Administración el sueño de los justos.

La obra está centrada en el testimonio de dos ingenieros asentados en Tenerife, Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina, con los que César Manrique trabó una gran amistad y colaboración profesional, compartiendo una gran cantidad de proyectos y vivencias entre los años setenta y ochenta del siglo pasado. La proximidad de estos ingenieros con César queda demostrada con el apelativo de «mi familia tinerfeña» que Manrique les dedicaba. La complicidad que tenían llegaba al extremo de que veraneaban juntos y de que, en todos los encargos que César recibió de las Administraciones fuera de Lanzarote, exigiera siempre que fuera la empresa de Amigó y Olcina la que llevara la obra.

Mario Alberto Perdomo, nos cuenta cómo Olcina y Amigó tenían la complejísima labor de traducir en planos, plazos, presupuestos, materiales, cálculos de resistencias, diseño de sistemas eléctricos, de fontanería, etc., los bocetos que César Manrique, en sus momentos de inspiración, garabateaba en servilletas o folios. Básicamente, eran los encargados de la nada desdeñable labor de convertir los sueños del artista (y de las Administraciones de las que emanaban dichos encargos) en realidad.

Manrique trata de implantar lo positivo que conoce de sus viajes en sus obras en Canarias. Por ejemplo, apremia al Ayuntamiento de Puerto de la

Cruz a peatonalizar las calles comerciales, pues es lo que él había visto que se imponía en Europa septentrional. Las autoridades políticas le hacen caso y ponen en práctica una medida muy contestada al principio por los comerciantes, que creen que sin el tráfico rodado perderán clientes. Sin embargo, el tiempo demuestra lo acertado de la medida y los beneficios de los empresarios se multiplican, por no hablar de la salud y el sosiego de los habitantes y visitantes del núcleo urbano de la ciudad.

En el diseño de las piscinas y del Lago Martiánez de Puerto de la Cruz, Manrique crea un espacio que permita un baño sosegado y seguro en agua salada que reemplace las peligrosas condiciones de baño en el mar que ofrecen en Canarias las costas a barlovento. César apuesta por diferentes lagos con islas dentro de los mismos, pasarelas que conectan unas islas con otras, un bar para ser usado por los bañistas sin tener que salir del agua y una vidriera para contemplar el interior de la piscina desde fuera, idea que los ingenieros le suplican abandone pues los materiales de aquel entonces no eran lo suficientemente seguros. Como colofón, planta árboles al revés, con las copas enterradas y las raíces al aire, tal vez el símbolo más conocido del Lago. Hoy en día las piscinas son visitadas por más de 400.000 personas al año, contribuyendo de forma significativa a engrosar las arcas municipales.

Otro documento rescatado por la investigación del autor es la anécdota que le cuentan los ingenieros acerca de la visita que hacen junto al artista a la Basílica de Candelaria, atendiendo a la solicitud de las autoridades de dicho municipio, con el fin de que le dieran una solución urbanística, que a estas alturas sigue sin haber sido encontrada, a la enorme plaza vacía que antecede al templo. César, que no tenía pelos en la lengua, les dice a los ediles que lo primero que habría que hacer para recuperar el entorno es derribar la basílica, pues le parecía «¡horrorosa!». Como se podrán imaginar, su colaboración con las autoridades de Candelaria finalizó a los pocos minutos de haber comenzado.

También recoge el autor en este libro otros proyectos que por diferentes razones nunca se llegaron a plasmar. Entre estos, Perdomo destaca dos, que además de poder haber sido emblemáticos *per se*, por su diseño, localización y belleza, hubieran engrosado el patrimonio de las dos islas del Archipiélago, Gran Canaria y La Palma, que, a pesar de la voluntad de César Manrique, más huérfanas han quedado de su obra.

El mirador de La Cumbrecita en El Paso (La Palma) fue un diseño muy personal de Manrique para dotar a la «isla bonita» de un mirador que estuviera

a la altura de la belleza del paisaje desde él contemplado: el pinar y la caldera de Taburiente. Lo diseñó en madera, el elemento arquitectónico más adecuado para el lugar, estaría ubicado en el mirador natural del mismo nombre y su base atravesada mediante una serie de círculos horadados en la madera por los troncos de los pinos centenarios del lugar, puesto que ninguno de ellos sería destruido por la obra. Las razones por las que finalmente tal espectacular idea no viera la luz han sido motivo de especulación, que el autor recoge en el desarrollo del libro. Una opinión personal al respecto: como los croquis que realizó César se han conservado, sería solo cuestión de voluntad política el financiar dicho mirador.

El abandono del proyecto del parque marítimo de El Confital en La Isleta (Las Palmas de Gran Canaria) fue posiblemente uno de los reveses más importantes en la carrera de César Manrique. Como nos recuerda Mario Alberto Perdomo en este libro, a pesar de que existía un encargo en firme a César para la realización de dicho proyecto por parte de Emilio Mayoral, entonces alcalde de Las Palmas de Gran Canaria, un cambio en las mayorías que gestionaban el Ayuntamiento tras las elecciones de 1991, pospuso primero y terminó por abandonar definitivamente dicho proyecto después, privando con ello a la ciudad de tener un parque marítimo a la altura de los mejores de España. De hecho, la integración de la costa noroccidental de La Isleta con la playa de Las Canteras sigue siendo, cerca de medio siglo más tarde, una asignatura pendiente.

Tal vez lo que más me ha llamado la atención de la información que Mario Alberto ha sido capaz de recabar mediante sus pesquisas es el lado más íntimo de nuestro personaje. A diferencia de lo que podría parecer a simple vista, por su apabullante personalidad, y según el testimonio de los ingenieros que le conocieron muy bien, detrás de esa fachada se escondía una persona sencilla, capaz de hablar con todos y también de escuchar a todos. Escuchar es más que oír, escuchar es asumir que tu interlocutor puede llegar a convencerte y hacerte cambiar de planes. Además, César siempre recalca que todos los implicados en sus obras, desde los ingenieros Amigó y Olcina hasta el último peón, eran parte del equipo, y cada uno en su esfera de responsabilidades tenía que tomar las decisiones adecuadas para que el proyecto prosperase, de forma que el éxito fuera común. Esta filosofía hacía que todos se sintieran involucrados y dieran lo mejor de sí mismos.

José Luis Olcina y Juan Alfredo Amigó le confiesan a Mario Alberto Perdomo que César Manrique hablaba y acariciaba a los árboles; y también hablaba a los callaos basálticos de las playas, a los que admiraba por su infinita paciencia, en referencia al tiempo que han tenido que estar sometidos al rozamiento para adquirir su esbelta forma elipsoidal. Finalmente, César también supo hacer de la necesidad virtud. Sirva de muestra un botón: recoge el autor que Manrique transformó la tarea necesaria y rutinaria de renovar el agua del Lago Martiánez con el agua salada del mar en un espectáculo al hacer que la entrada de agua fuera a través de una fuente expresamente diseñada para este efecto.

No quisiera terminar este prólogo sin dedicar unas palabras al autor de este libro. Conocí a Mario Alberto Perdomo hace unos cuarenta y cinco años cuando, al final de los años setenta, coincidimos estudiando en La Laguna. Él estudiaba Económicas e integraba, junto a otros compañeros conejeros, el equipo de fútbol del Laurel (por la calle en la que vivían) contra el que en muchas ocasiones nos enfrentamos en partidos amistosos algunos amigos grancanarios también residentes en La Laguna por motivos de estudio. De aquella rivalidad cariñosa, quedó una secuela de amistad con varios miembros de la FCM que, pese a la distancia, seguimos cultivando.

Mario Alberto Perdomo ha desarrollado su carrera vinculado, desde su juventud, a la prensa escrita tanto insular como regional. Ese horizonte le ha permitido desempeñar una segunda profesión, el periodismo, con la que ha completado su formación de economista. Es, sin duda, una de las plumas de referencia en Lanzarote.

El autor del libro ha destacado también por su participación en la dinamización de organizaciones empresariales de su Isla, jugando un papel fundamental para conseguir que algunas instituciones adquiriesen entidad propia, al margen de las provinciales, como ocurrió, por ejemplo, con la Cámara de Comercio de Lanzarote y La Graciosa, establecida en 2005. Asimismo, Mario Alberto Perdomo es patrono de la Fundación César Manrique desde 1990.

Solo me queda desearles que disfruten con este libro tanto como lo hice yo.

José María Fernández-Palacios
Catedrático de Ecología, Universidad de La Laguna
Radazul (Tenerife), abril de 2022



Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina.
Obra con César Manrique

Mario Alberto Perdomo



A Juan Alfredo Amigó, José Luis Olcina
y la familia tinerfeña de César Manrique



Introducción



El origen del afecto y, en ocasiones, la devoción que los tinerfeños profesan a César Manrique (Arrecife de Lanzarote, 1919-1992) se encuentra en la creación del Lago Martiánez, en Puerto de la Cruz. El artista siempre se sintió muy querido en Tenerife, venerado incluso, una isla en la que reside lo que él llamó «mi otra familia». En estrecha colaboración con los ingenieros Juan Alfredo Amigó Bethencourt (Valladolid, 1938) y José Luis Olcina Alemany (Alcoy, 1940), acometió el complejo turístico en tres fases hasta alcanzar su actual configuración, en 1977. El lago de Costa Martiánez fue declarado Bien de Interés Cultural (BIC) en 2005 con la categoría de Jardín Histórico.

En un lugar de bajíos, en la abrupta costa portuense orientada a barlovento, se propuso una intervención que resituara este enclave en la industria turística de los años setenta del siglo pasado. Pionero en Canarias en atraer viajeros desde el siglo XIX, Puerto de la Cruz afrontaba un grave problema: carecía de playas y de un litoral sugerente para el turismo de masas, por lo que corría el riesgo de perder atractivo. La construcción de las piscinas de Los Alisios y el Lago era el gran revulsivo que necesitaba el Puerto para reubicarse en el cada vez más competitivo mapa turístico canario.

En los años sesenta se produce la eclosión del turismo en Puerto de la Cruz y a finales de la década ya contaba con cerca de 20.000 habitantes y algo más de 20.000 plazas turísticas, al abrigo de la apertura del Aeropuerto de Los Rodeos a los vuelos nacionales e internacionales a mediados de los

años cuarenta. En 1955, el Gobierno de España lo distingue como Lugar de Interés Turístico Nacional.

La participación de César en el litoral del norte de Tenerife comenzaría en 1968. Los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos Juan Alfredo Amigó Bethencourt y José Luis Olcina Alemany atienden una recomendación del hotelero Cándido García Sanjuán e incorporan al artista al equipo que acometía una ampliación en el hotel Tenerife Playa, paso previo a su participación en la segunda fase de Costa Martiáñez, denominada Los Alisios. El punto de partida de la tercera fase acontece más tarde, cuando, encontrándose la segunda todavía en ejecución, quedan con Manrique en una pizzería de Puerto de la Cruz y, en una servilleta, este esbozó en cinco minutos la forma actual del lago con la isla en medio. Era la manera en la que habitualmente expresaba su caudal creativo: dibujando con lo primero que tenía a mano.

De titularidad municipal, este equipamiento alberga un conjunto de jardines y piscinas artificiales con una capacidad de casi 40.000 metros cúbicos de agua y ocupa una superficie de 46.000 metros cuadrados. La inversión se realizó con fondos municipales y alguna ayuda ministerial. La instalación responde a la concepción de Manrique de aunar arte y naturaleza: alrededor de un lago central artificial se distribuyen varias piscinas, jardines, terrazas y restaurantes. La piedra y el blanco protagonizan el espacio. En diferentes rincones del recinto, dejó su huella con seis esculturas: *Los alisios*, *La jibia*, *Deimos*, *Homenaje al mar*, *Raíces al cielo* y *Homenaje a Wilhelm Reich*.

Antes de la participación del artista lanzaroteño, las autoridades municipales abordan a principios de los años sesenta del siglo XX la primera fase del complejo, el lido de San Telmo, con la construcción de tres piscinas y un restaurante con terraza que se extienden sobre una superficie de 5.000 metros cuadrados. Más tarde, las perspectivas de desarrollo del turismo de masas son de tal envergadura que el Ayuntamiento portuense se plantea ganar terrenos al mar para dar una respuesta a la creciente demanda de zonas de esparcimiento y ocio, dando comienzo la segunda fase con el concurso de Manrique. En esta etapa se construyen tres piscinas, y se adapta el espacio a la arquitectura tradicional canaria, incorporando elementos vegetales y una serie de esculturas. La tercera fase se denomina Lago Martiáñez y está conformada por la isla del lago, jardines y varias piezas escultóricas. El interior del lago contiene cinco islas, la mayor de las cuales incluye un restaurante, una sala de fiestas y terrazas.

La cubierta del proyecto técnico presentado en el Colegio de Ingenieros reza *Proyecto de Lago Artificial en la Costa de Martíáñez*, tiene fecha de abril de 1971 y está firmado por Juan Alfredo Amigó Bethencourt y José Luis Olcina Alemany. La Memoria consta de dieciocho páginas. El apartado de Antecedentes hace referencia al primer proyecto junto a César: el acondicionamiento de la zona de piscinas, redactado por ambos ingenieros, que «está siendo realizado por el Excmo. Ayuntamiento del Puerto de la Cruz bajo la dirección artística del pintor lanzaroteño D. César Manrique». Y, a continuación, prosigue: «El objeto, pues, del presente proyecto es prolongar a toda la zona hoy abrigada por el dique de defensa la zona de la piscina, es decir, prescindir como hemos dicho más arriba de la posible playa artificial dada la complejidad y coste de la misma, sustituyéndola por las obras aquí proyectadas y que son en definitiva el desarrollo de una idea de César Manrique».

Al describirse las obras, el proyecto señala: «Consta de muro de defensa, largo artificial, islas (total de seis; en la segunda de ellas en extensión se ubica la estación de bombeo), solárium, jardinería y decoración, instalación de bombeo, y redes de agua, alumbrado y saneamiento». El apartado dedicado al Estudio Económico recoge que, en conversaciones con los empresarios de la localidad, calculaban una revalorización de sus propiedades entre el 4 y el 10 por ciento como consecuencia de la creación del Lago. Los ingenieros estimaron que la inversión se amortizaría en seis años, si todos los ingresos se destinaran íntegramente a amortizar las obras.

Sobre la Dirección Artística dice textualmente:

Como se dijo en el apartado primero de esta Memoria, la idea base del proyecto fue dada por el director artístico de las obras que actualmente se realizan en la zona del litoral a cargo del Excmo. Ayuntamiento del Puerto de la Cruz; parece pues imprescindible que estas obras sean supervisadas y dirigidas artísticamente por la misma persona que lo ha hecho con las zonas colindantes y cuya colaboración debería a toda costa conseguirse.

En relación con la zona de atracción y esparcimiento de la isla central, el proyecto dice textualmente:

La zona de atracción y esparcimiento en la isla central va a ser sin duda el corazón de todo el proyecto, no obstante y aunque parezca paradójico, no se estudia

ni incluye en el presente proyecto, salvo los sótanos y la cubierta de madera y teja, dado que deberá ser objeto de proyecto aparte una vez definidas con exactitud por las entidades a que corresponda el fin que se va a dar a la misma [...]. Para la redacción del proyecto de la nombrada zona de esparcimiento es fundamental la colaboración del director artístico del resto de la obra, el cual deberá intervenir decisivamente en la ambientación de dicha zona.

El último apartado, sobre Colaboración, recoge textualmente:

En la realización de este proyecto han colaborado entusiasta y activamente, aparte del creador de la idea D. César Manrique, el ingeniero industrial D. Fernando Lecuona Ley, los aparejadores D. Fernando Ascanio Estanga y D. Nicolás Morales Afonso y diverso personal especializado en cada una de las distintas instalaciones del conjunto.

A esta primera Memoria le siguen fotos de la maqueta. A continuación aparece una segunda Memoria, el proyecto reformado de 1974, que empieza así: «El Lago artificial de Martiánez se está realizando según proyecto de los ingenieros que suscriben (Amigó y Olcina) y con la colaboración artística de César Manrique, el gran artista canario», y subraya:

La obra, como todas, ha sufrido modificaciones a lo largo de su ejecución, pero además dadas sus características tan especiales de obra realmente fuera de serie debido a su gran valor artístico, ha experimentado una serie de variantes introducidas durante la ejecución de las mismas, tanto en su parte técnica e infraestructural como en su parte externa.

Ejemplo de ello es que, al final, se decidió elevar 95 centímetros la plataforma general de la instalación para resguardarla mejor de los embates del mar. También se introdujo una escollera para poder defender las obras del fuerte olaje. Y continúa:

En el proyecto primitivo se dejaba abierta la posibilidad de proyectar una zona de restaurante o similar, zona de atracción se denominaba, en la isla central, hoy ya decidido lo que se va a hacer, resulta que en ella se va a ubicar un importantísimo conjunto de restaurante, *night-club*, discoteca, etc. de enorme importancia e inte-

rés, cuyo proyecto ya está redactado y que ha obligado a diversas modificaciones, una de las cuales fue la reconsideración de distintas obras en el interior del lago...

Otra innovación fue la escultura *Homenaje al mar* de César Manrique. También hubo mejoras en el diámetro de la red de bombeo y la iluminación, y, por último, se construyó un túnel de servicio que unía la isla central con una zona de desembarque de mercancías, para el abastecimiento de dicha isla.

Un reportaje de archivo de RTVE expresó así la inauguración del conjunto:

Al pie del mítico Teide, en la isla de Tenerife y próximo al Puerto de la Cruz, acaba de crearse un fabuloso complejo turístico que añade un atractivo más a los muchos que ya poseen las islas Canarias. Se trata de una especie de paraíso artificial construido sobre una superficie de 30.000 metros cuadrados ganados al mar. Lagos e islas se entremezclan con la vegetación tropical, y una serie de piscinas, playas y zonas recreativas proporcionan al turista todo lo que puede desear.

Este originalísimo complejo recreativo ha sido realizado con el patrocinio del Ayuntamiento de la ciudad por el artista canario César Manrique y los ingenieros Olcina y Amigó. Los elementos tradicionales de la flora canaria, los lagos, las islas, los canales y una fuente monumental, junto a las fantasías escultóricas de ese gran artista que es César Manrique, dan un ambiente mágico a este paraíso artificial.

En el restaurante y la sala de fiestas, situados en una de las islas, se celebró el acto inaugural: fuegos artificiales, una iluminación fantasmagórica, un *ballet* acuático y la actuación de destacados artistas del mundo del espectáculo dieron al acto un extraordinario esplendor.

Transcurridas más de cuatro décadas, el tiempo se ha encargado de demostrar que era y es un proyecto necesario para una ciudad que sigue luchando contra las barreras que le impone la costa, el mar y el viento en el norte de Tenerife. La mejor prueba del éxito es la gran cantidad de usuarios que registra cada año el Lago Martiánez, y que en 2019 superó las cuatrocientas mil personas. La instalación es explotada por el Ayuntamiento y por una empresa privada que tiene en régimen de concesión los bares y restaurantes.

Puerto de la Cruz cuenta en la actualidad con más de 30.000 habitantes, asentados en sus escasos 8,73 kilómetros cuadrados de superficie. Tiene cen-

sadas unas 25.000 plazas alojativas, entre hoteleras y extrahoteleras. En 2019 recibió casi un millón de turistas.

Lago Martiánez - Puerto de la Cruz



El inicio: las piscinas de Los Alisios

En 1967 se encargó a los ingenieros Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina el primer proyecto de piscinas municipales en el litoral de Martiánez. Ejecutadas por el constructor Luis Díaz de Losada, las obras culminaron en poco tiempo y constituyó el primer hito del complejo. La incorporación de César Manrique al equipo técnico aportó una dimensión artística al ámbito de la ingeniería. Más tarde, tras una serie de reuniones con la corporación municipal, representaciones del sector turístico y otras autoridades, se decidió acometer la ejecución del Lago Artificial. Dicho proyecto no definía inicialmente las obras a realizar en la isla central del Lago, ideada por el propio César con posterioridad, por lo que se culminó más tarde.

Como ha recogido Nicolás Lemus¹, todo empezó en 1955, cuando Rudolf David Gilbert propone el Ayuntamiento la idea de construir unas piscinas con agua del mar. Es así como se asocia con el constructor José Manuel Sotomayor para ejecutar las obras del lido de San Telmo mediante una concesión administrativa del Consistorio. El emplazamiento elegido es una superficie de casi 2.800 metros cuadrados en el charco de Los Piojos, debajo

¹ Nicolás Lemus y Melecio Hernández, *El turismo en la historia del Puerto de la Cruz*, Escuela Universitaria de Turismo Iriarte, Puerto de la Cruz, 2010.

de la ermita de San Telmo, que delimitaba con la batería de San Telmo del Ejército por el oeste. Las instalaciones se inauguran en noviembre de 1957 y se erigen de inmediato en el centro de ocio y diversión de Puerto de la Cruz.

Ese mismo año de 1957, el 24 de mayo, en la sala del Casino de Santa Cruz de Tenerife, se muestran al público veinticuatro pinturas de César Manrique, procedentes de la antológica exhibida en Las Palmas de Gran Canaria, y un boceto mural. Eduardo Westerdahl escribe el texto del catálogo que se publica con motivo de la exposición. Durante su estancia en Santa Cruz de Tenerife, Manrique interviene en la decoración de la terraza del Casino de Tenerife colaborando con el arquitecto Luis Cabrera. Con este fin, se adquieren siete cuadros de la exposición y el artista realiza un mural con materiales cerámicos. También da indicaciones sobre la vegetación, iluminación, etc. El 26 de julio se inaugura la terraza del Casino —terrace que ya no existe—. Esta intervención fue posible gracias a Cándido García Sanjuán y Luis Díaz de Losada, quienes estaban vinculados a esta señera sociedad santacruzera. Poco después, en marzo de 1959, César Manrique viaja a Tenerife invitado por Luis Díaz de Losada para trabajar en la decoración del hotel Las Vegas que este construye en Puerto de la Cruz.

El tinerfeño Luis Díaz de Losada se autodenominaba constructor, no contratista, y se desenvolvía con rigor, rectitud y profesionalidad. Era un hombre de gran personalidad que también tenía intereses en el sector hotelero. Díaz de Losada nació en 1918 y era un año mayor que César Manrique.

Los nuevos establecimientos hoteleros que surgen en el enclave turístico solicitan al Ayuntamiento que amplíe las piscinas hacia el noreste, dando comienzo la segunda fase de construcción de las piscinas de Costa Martiánez. En 1965, siendo alcalde Felipe Machado del Hoyo, se propuso el acondicionamiento y la reforma del litoral al noreste, entre el lido de San Telmo y la playa de Martiánez. Más adelante se piensa realizar una especie de muro, desde el lido de San Telmo, para evitar el oleaje, planteándose a la vez construir unas piscinas, una playa artificial y un puerto deportivo. Pero el proyecto no se realizó.

Cándido García Sanjuán encarga en 1967 un complejo de terrazas delante de su hotel, el Tenerife Playa, a los jóvenes ingenieros Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina. El empresario hotelero estaba convencido de que acabaría construyéndose una playa delante de su establecimiento, por lo que decide adelantarse. Pide una concesión y proyecta unos vestuarios y un bar-cafetería.

Con frecuencia preguntan a Olcina y Amigó cómo conocieron a César Manrique. Tras terminar sus estudios de ingeniería empiezan a trabajar juntos hasta que los llama Cándido García Sanjuán para encargarles un proyecto para ampliar el paseo situado delante de su hotel, en la avenida de Colón. El hotelero les informa de la existencia de un artista «que estaba haciendo muchas cosas en Lanzarote» y que a lo mejor les podía interesar contactar con él para mejorar un poco lo que unos ingenieros podían llegar a proyectar.

Un año antes, en 1966, se inaugura la primera fase de los Jameos del Agua en Lanzarote en la que interviene César Manrique dando ideas desde Nueva York y en su visita a la isla durante el verano. También inaugura su primera exposición individual en Nueva York, en la galería Catherine Viviano, pero en julio, fija su residencia en Lanzarote, y comienza a liderar junto al Cabildo el proceso de transformación de la isla a la economía turística mediante proyectos paisajísticos y la preservación del patrimonio natural y cultural, creando una conciencia ambientalista en su isla natal. En 1967, realiza dos murales en la Escuela Náutica de Santa Cruz de Tenerife, con la técnica del *assemblage*, y vuelve a exponer en Nueva York de la mano de Catherine Viviano.

Cándido García Sanjuán telefona a César Manrique, con la fortuna de que en ese momento se encontraba en Lanzarote. César atiende la llamada y acude a Tenerife. «Ahí conocimos a César». Así comienza la colaboración entre el artista y los dos jóvenes ingenieros que en aquel momento no habían cumplido los treinta y que fraguaría en una gran amistad. Con el paso del tiempo, Manrique se referiría a ellos como «mi familia tinerfeña».

Tras contactar con el artista, García Sanjuán avisa a los dos ingenieros: «César llega mañana a las 07:15 horas». Así que, al día siguiente, Juan Alfredo Amigó cogió su coche y se fue al Aeropuerto de Los Rodeos, pero del avión no se bajó César. «Me quedé extrañado... Resulta que había llegado a las 07:15 horas, aunque en barco y al puerto de Santa Cruz, y se había ido directamente al hotel Tenerife Playa, en el Puerto, y allí lo conocimos». En el hotel Tenerife Playa César Manrique diseñó el bar-cafetería que todavía se conserva.

Durante la construcción de estas mejoras en la explanada del hotel Tenerife Playa, el alcalde de Puerto de la Cruz, Felipe Machado del Hoyo y Solórz-

zano, quien presidió la corporación entre 1963 y 1970, recupera la concesión de las piscinas del lido de San Telmo con el fin de intervenir en el litoral portuense y «nos encarga las piscinas del Puerto de la Cruz», recuerdan los ingenieros. Amigó y Olcina eran dos jóvenes con sus carreras recién acabadas.

Ambos reciben una llamada de Felipe Machado del Hoyo para ver la posibilidad de realizar unas piscinas al lado de las de San Telmo construidas en los años cincuenta. En efecto, el Ayuntamiento de Puerto de la Cruz les encarga el proyecto de piscinas municipales en la zona protegida por el muro de Martiánez, junto a las de San Telmo. Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina empiezan a redactar el proyecto y se enfrentan a las piscinas preexistentes desde los años cincuenta, «normalitas, rectangulares y sin gracia alguna», y con un solárium «que era de una frialdad impresionante...».

Los ingenieros redactan el proyecto, «y es lo que proyectamos, unas piscinas». Insatisfechos con el resultado porque les parecía muy frío y, conscientes de que el Puerto requería algo más, piensan en Manrique. Se les ocurre la colaboración con el artista y le trasladan al alcalde que en la obra que estaban haciendo para Cándido García Sanjuán intervenía «un tal César Manrique, que había hecho muchas cosas en Lanzarote y que tenía un gusto exquisito y que nos encantaba trabajar con él». Proponen al Ayuntamiento que encargue a César la parte artística, para que «colabore con nosotros y nos aporte ideas». Es así como lo incorporan al equipo, algo que ambos recuerdan complacidos, ya que aquella propuesta sería decisiva para el futuro de la ciudad turística, con el inconveniente de que la obra ya estaba adjudicada al constructor Luis Díaz de Losada, por lo que su presupuesto estaba cerrado. Pero el equipo supo sortear las limitaciones y comenzó a trabajar.

Los ingenieros recuerdan que se reunieron en el Tenerife Playa y, sobre el plano de la planta de las piscinas diseñadas por ambos, César comenzó a dibujar un nuevo plano, una isla en el centro, una cascada, vegetación... «César cogió nuestros planos y no les hizo ni caso. Solo los utilizó para dibujar en el exterior la forma actual de las piscinas». Amigó y Olcina relatan que fue así como desaparecieron las rectas y los ángulos para ser sustituidos por curvas y formas onduladas.

«Tuvimos la suerte enorme de la confianza que el Ayuntamiento tenía en nosotros, porque hicimos un modificado del proyecto que ya estaba adjudicado y, efectivamente, era un poco más caro, pero recogía todas las ideas de

César». La modificación fue aceptada, el proyecto siguió su curso y el equipo quedó conformado por César Manrique, Amigó, Olcina y el atípico constructor Díaz de Losada, un entusiasta de la obra bien hecha. El lanzaroteño puso el toque artístico y los demás el entusiasmo, la fuerza de la juventud, el amor a su isla, las ganas de hacer las cosas bien hechas, desprendimiento y oficio. Para ninguno de ellos era importante la parte económica, sino el significado y el alcance de lo que estaban haciendo juntos.

Manrique deja su impronta creativa incorporando al proyecto elementos de la arquitectura tradicional canaria, vegetación, efectos de agua y varias esculturas de gran formato, aspectos todos ellos que caracterizan su obra pública. En esos años, compagina sus obras espaciales en Lanzarote con la intervención en las nuevas piscinas, primero, y en el Lago Martiánez, después. Cuando comienza la construcción del Lago Martiánez, César Manrique ya disfruta de un sólido reconocimiento.

Finalmente, el espacio, conocido como Los Alisios en referencia a una escultura que hizo César y que denominó así, queda formado por tres piscinas —una de ellas para niños—, una isla en el centro de la más grande a la que se accedía por puentes, cascadas, un jardín a diferentes alturas y varias esculturas que llevan su factura artística. La isla central, o isla bar, es de inspiración marinera y en ella sobresale un mástil del que parten varias gavias o velas para crear espacios de sombra.

Uno de los elementos distintivos son los callaos que el artista escogía casi personalmente en la playa del Socorro con el aparejador Elías Fernández del Castillo.

Manrique proyectó un embarcadero en el Lago, que no se llevó a efecto, con la idea de poder pasear en barca de remos por la noche. El motivo fue que cada pocos días había que vaciar el Lago y renovar su caudal de agua, tarea que se hacía de noche. «César nos enseñó a ver belleza donde antes no veíamos nada, y consiguió que todos, hasta el último peón, nos encariñáramos con las obras que estábamos haciendo. Nosotros creemos que el Lago transmite que está hecho con cariño», aseguran los ingenieros.

El agua se extrae directamente del mar a través de un sofisticado sistema de bombas. El vaciado del Lago tarda cuatro horas y llenarlo se hace en tan solo seis horas, un proceso que tiene lugar varias veces a la semana. Destaca por su espectacularidad el llenado del Lago artificial, que se realiza a través de una gran fuente a modo de volcán de agua.

Los alisos y *La jibia*, ambas fechadas en 1971, son las dos piezas escultóricas que el artista incorpora al conjunto. Situado entre las dos piscinas principales, *Los alisos* es un grupo escultórico móvil de planchas de acero laminado que el viento hace girar en torno a un eje incrustado en piedras basálticas. A este tipo de piezas el artista las llamó *Juguetes del viento*. En el estanque infantil se encuentra *La jibia*, un gran calamar construido en hormigón enfoscado y pintado en rojo y blanco, con ojos verdes realizados con fondos de botellas de vidrio. Un guiño para el disfrute de los niños que es, al tiempo, un juguete horadado y lleno de recovecos para los pequeños. Para Juan Alfredo Amigó, «esta escultura colocada en una plaza en una gran ciudad sería una gran obra de arte y aquí pasa prácticamente desapercibida. Hay muchísima gente en nuestra isla que no sabe ni que existe».

Esta primera intervención de César Manrique en el complejo ocupa 7.800 metros cuadrados de superficie, distribuida en unos 5.000 de solárium y jardines y unos 2.500 de superficie de lámina de agua.

Tres años después del comienzo concluyeron las obras y Díaz de Losada tuvo la idea de invitar, y costear, al icono Joséphine Baker para la inauguración de esta fase, otorgándole rango internacional —y promocional— al acto inaugural. Casi todo el mundo supo de las nuevas piscinas de Puerto de la Cruz.

Estábamos todos por arriba y, de repente, salió alguien de abajo y gritó: «¡La bomba!». Que iban a poner la bomba y discutían si la ponían antes de bajar o después. «¡La bomba, la bomba! ¡La ponemos!». Se referían a la bomba de llenado de las piscinas. En aquellos años de auge independentista, esos comentarios crearon cierto desasosiego y muchas risas. «¡No acabamos en comisaría de milagro!» —rememoran—.

Tras la muerte de César, Olcina y Amigó intervinieron en las primeras piscinas de la primera fase del complejo, el lido de San Telmo, con la construcción de tres piscinas y un restaurante con terraza que se extienden sobre una superficie de 5.000 metros cuadrados. Las adaptaron e integraron a la filosofía del conjunto de Martíáñez, retocando las formas rectangulares, bordes, jardinería, etc.

Lago Martíáñez

Inaugurado en 1977, Lago Martíáñez es la denominación de la tercera fase del complejo de ocio y piscinas en terrenos ganados al mar en Puerto de la Cruz. El conjunto es conocido como Costa Martíáñez, un espacio que Manrique imaginó como una gran esmeralda.

Durante la ejecución de las obras, Amigó y Olcina, que tenían otros trabajos que atendían en horario de mañana, en la empresa municipal de Aguas el primero y en la Consejería de Obras Públicas el segundo, iban a ver las obras los viernes por la tarde, alguna tarde entre semana o los sábados, que era el día que solía acudir el artista. Se inician las obras que se adaptan al espacio protegido por un muro, que ya estaba construido, un dique encargado por Costas con el que en su día se pretendió crear una playa con arena, tarea que resultó imposible debido tanto al fuerte oleaje cuanto a la profundidad que presenta el perfil submarino de esta zona del litoral tinerfeño. Aquella muralla «delimitaba una superficie de 33.000 metros cuadrados en la que César propuso hacer la ampliación del proyecto el célebre día que estábamos en la pizzería», una idea que dibujó en una servilleta. «Ahí se podría hacer un lago, que parezca una gran esmeralda por la noche...», dijo César entonces.

En el año 1970, cuando se gesta este proyecto, César ya residía en Lanzarote tras su regreso de Nueva York. Había edificado su casa de Taro de Tahíche y había creado las dos primeras fases de los Jameos del Agua, el restaurante El Diablo en las Montañas del Fuego, la Casa Museo del Campesino y la escultura monumental *Fecundidad*. Obtiene reconocimiento internacional cuando impulsa en su isla natal un conjunto de acciones e intervenciones, novedosas para la época, dirigidas a poner en valor el paisaje y los atractivos naturales de la isla, donde plasma su pensamiento estético y ético. Así, elaboró un nuevo ideario plástico, al que denominó *arte-naturaleza / naturaleza-arte*, que es un ejemplo singular de arte público en España.

Todo comenzó durante una reunión entre los ingenieros y el artista en una pizzería, en la que este último propuso la idea de construir un gran lago e hizo un croquis. Con esa idea, y mientras proseguían las obras de las piscinas, Amigó y Olcina hablan entre ellos y acuerdan correr el riesgo de redactar el proyecto del Lago Martíáñez sin mediar encargo profesional alguno, y así se lo transmitieron a Díaz de Losada. «¿Tú te encargas de hacer la maque-

ta?», le preguntaron, y ante la respuesta positiva y decidida del constructor, se pusieron a la tarea. Durante cinco o seis meses, los ingenieros redactan el proyecto «que nadie nos había encargado» sin cobrar honorarios y, más tarde, Díaz de Losada encomienda la confección de la maqueta. Ahora faltaba lo más difícil: convencer a los empresarios portuenses y a las autoridades municipales de la conveniencia del proyecto.

Así pues, partiendo del famoso dibujo realizado en una servilleta, los ingenieros redactan el proyecto y se arriesgan a presentárselo al Ayuntamiento, que lo hace suyo y pone en marcha la maquinaria administrativa para obtener las autorizaciones y conseguir los recursos económicos necesarios. El Ayuntamiento afrontó la ejecución del Lago y la obra se contrató en 1972.

Juan Alfredo Amigó detalla el proceso:

La famosa servilleta que dibujó César nos permitió redactar el proyecto. De ahí partimos. Y eso, claro, llevó después seis, siete, ocho meses de trabajo enorme porque era darle forma a la idea, pero también el diseño de cada muro, los servicios, el agua, la electricidad, la estructura, etcétera. Ese fue el proyecto que presentamos al alcalde de Puerto de la Cruz, Felipe Machado González de Chaves, que estuvo acompañado por el secretario de la corporación, Manuel Florián de Tomás Ibáñez, y le dijimos: «Mira, tenemos esta idea, a ver si les gusta».

Aún no habían concluido las obras de las piscinas cuando Luis Díaz de Losada organiza la presentación del proyecto en el céntrico hotel Las Vegas, del cual era copropietario, e invita a una comida a los grandes hoteleros de Puerto de la Cruz. Para la ocasión encargó una tarta con la maqueta exacta del proyecto y, como era de esperar, fue muy bien acogido y consiguió el respaldo del sector turístico, por lo que de inmediato es asumido por el Ayuntamiento. Amigó y Olcina coinciden en que la corporación municipal «contaba con un secretario muy competente, Manuel Florián de Tomás Ibáñez, que actuó con gran diligencia y profesionalidad para hacer realidad el proyecto». José Luis Olcina valora que la corporación «confiara en nosotros, porque, aunque más o menos se veía lo bonitas que estaban quedando las piscinas bajo la influencia artística de César, todavía no estaban terminadas». Pero, antes de todo eso, Manrique ya era capaz de visualizar cómo iba a quedar la intervención y de imaginarse los más pequeños detalles, como los uniformes

de los camareros o los rótulos de los aseos de señoras y caballeros, subraya Olcina: «Puro César».

Una vez obtenido el visto bueno del Ayuntamiento, se introdujeron algunas mejoras al proyecto y Amigó y Olcina vuelan a Madrid, junto al alcalde y el secretario municipal, tras pedir cita a Alfredo Sánchez Bella, quien había sucedido a Manuel Fraga Iribarne al frente del Ministerio de Información y Turismo en octubre de 1969. Fueron en busca de financiación y se llevaron con ellos, por vía aérea, la enorme maqueta del proyecto, de unos tres por tres metros, que tanto éxito cosechó cuando fue presentada. Una vez en el Ministerio, con la maqueta como carta de presentación, el ministro dio su aprobación nada más verla y los invitó a presentar el proyecto por la vía reglamentaria. Ello suponía el plácet para la obtención de ayudas y el acceso a créditos en condiciones favorables. «Los astros se habían alineado en torno a un equipo enamorado de Puerto de la Cruz y del proyecto que se traía entre manos, admiradores de César, que confiábamos plenamente en él y que estábamos dispuestos a seguir todas sus directrices», subrayan los ingenieros.

La isla del Lago forma parte de un proyecto posterior y su creación se decidió en 1974. Se trata de una compleja obra de ingeniería cimentada bajo el nivel del mar y diseñada paisajísticamente por César Manrique.

El conjunto contiene tres esculturas, todas fechadas en 1977. Ubicado en la piscina infantil, el monumental *Homenaje al mar* tiene unas dimensiones de 30 x 24 x 12 metros. Fue realizada en hormigón recubierto de toba volcánica —tosca—. La maqueta de la pieza la hizo César a pie de obra con yeso. Amigó y Olcina recuerdan aquel momento:

Prepararon yeso y empezó a modelarla. Total, que hizo una escultura de 40 centímetros, pero ahora había que hacerla cien veces más grande. Lo que hicimos fue llamar a un ebanista llamado Faustino —no recordamos sus apellidos— y le dimos la maqueta que había hecho César en yeso para que la hiciera idéntica en madera. Era un tallista impresionante, un verdadero artista que había realizado la reforma del púlpito de la catedral de La Laguna. Hicimos entonces lo que hoy día se llama un TAC. La escultura se cortaba a escala 1/100; cortábamos un centímetro y aparecía la forma que tenía la escultura a esa cota. Esa imagen se ampliaba cien veces, se rellenaba de hormigón aligerado para que no pesara mucho y se iba por capas. Metro a metro, se iba cortando y se iba definiendo la escultura, a la que luego se le ponía el acabado exterior correspondiente para que fuera uniforme el final.

Los operarios de Luis Díaz de Losada la ejecutaron con áridos de tosca molida y hormigón blanco, que, una vez picada, parecía la tosca que encontramos en cualquier cantera, un bloque de tosca o de toba que realmente podía ser de ese tamaño. La sensación que desprende es que parece que está hecha toda en un solo bloque. Amigó subraya que no resultó fácil realizar *Homenaje al mar* partiendo de una escultura de 30 x 40 centímetros:

Esta escultura puesta —pueden imaginársela ustedes— en cualquier plaza de cualquier gran ciudad es una obra de arte que estoy seguro, segurísimo, que sería fotografiada millones de veces —esta es mi opinión, lo mismo digo de *La jibia*—. Aquí no es que pase desapercibida porque, afortunadamente, hay también millones de personas que vienen y que les gusta.

Deimos consiste en unos conos de acero que basculan en torno a un eje vertical que descansa sobre un tronco de árbol, en realidad otro *Juguete del viento*. En *Raíces al cielo* y *Homenaje a Wilhelm Reich*, la labor del artista se reduce a la mera elección del objeto artístico, al que imprime un giro conceptual: un grupo de árboles hincados del revés en el primero de los casos y un árbol, más robusto y achaparrado, colocado de igual forma en el segundo. La idea de los árboles surgió de una de las excursiones que hacía junto con Elías Fernández en busca de materiales, ya que otra característica de la obra de Manrique es el recurso de los objetos encontrados y reciclados a los que otorga una función artística. En uno de sus viajes con Elías vio estos árboles que habían sido cortados y abandonados, y le parecieron una maravilla. «César cogió varios árboles y dijo: “Estos los ponemos al revés”, y de ahí nació *Raíces al cielo*, una escultura maravillosa y compuesta fantásticamente», evoca José Luis Olcina.

La tercera fase del Lago se extiende por 33.000 metros cuadrados de superficie ganados al mar: 15.000 de lámina de agua, 15.000 de solárium y jardines, y unos 3.000 de islas. La piscina tiene forma circular con otro círculo anejo más pequeño para la piscina infantil. Dentro del Lago hay cinco islas, siendo la central la más grande. Esta tiene una parte bajo el nivel del mar y contiene un restaurante, una sala de fiestas y jardines. Así recuerdan Amigó y Olcina esta fase:

Habíamos dejado la isla central del Lago sin rellenar, a la espera de que el Ayuntamiento tomara una decisión cuando le presentamos nuestro proyecto. Y

estuvimos esperando, junto con César, la decisión del pleno municipal hasta altas horas de la noche para saber si se desarrollaba o no la parte interior de la isla.

Los dos ingenieros acotan la participación del arquitecto Fernando Higuera en el complejo de Martíáñez:

En el Lago, en la isla central, el arquitecto Fernando Higuera nos propuso una idea que no se llegó a hacer, una edificación de gran altura. Al final, César no lo consideró oportuno. En cambio, la colaboración que le pedimos se ciñó al diseño del edificio y la estructura de la sala de fiestas del Lago, la Sala Andrómeda, y que incorpora en su interior una pista de baile de acero inoxidable y piezas de aluminio. Por cierto, un día nos encontramos con el ingeniero de la empresa responsable de esta parte de la sala de fiestas, Adán Martín Menis, quien años más tarde sería presidente del Cabildo Insular de Tenerife y del Gobierno de Canarias. El edificio del bar y del restaurante está inspirado en el estilo canario. César diseñó una barra de bar en acero corten con múltiples usos que todavía se encuentra por allí.

El arquitecto Fernando Higuera y César eran amigos y colaboraron en varias ocasiones. En 1962, cuando aún no había concluido sus estudios de Arquitectura, Fernando Higuera proyecta la casa de César Manrique en Camorritos, en las afueras de Madrid, una vivienda abierta a la naturaleza en la que Manrique interviene en el diseño organicista de los jardines y de la zona de piscina. A partir de 1963, Higuera visita con frecuencia Lanzarote, donde recibe varios encargos profesionales.

Manrique colabora con Higuera en el diseño de los jardines del hotel Las Salinas, proyectado por el arquitecto, en el municipio de Tegui. Las obras del hotel se iniciaron en 1974 y concluyeron tres años más tarde. La labor de César Manrique consistió en la ejecución de diversos murales interiores, diseño de la piscina y jardinería interior y exterior. Otra colaboración entre ambos es la residencia real de La Mareta, en Costa Tegui (Lanzarote). En 1981, César Manrique colabora con el arquitecto Fernando Higuera en el proyecto —se restaura una modesta vivienda existente y se añaden seis *bungalows* para dar cabida al servicio y al séquito—, sobre todo en el diseño de los jardines exteriores y piscinas. Situada a la orilla del mar, la casa fue mandada a construir por el rey Hussein de Jordania a finales de los años 70,

quien más tarde se la regaló al rey emérito, Juan Carlos I, y es así como pasa a formar parte de Patrimonio Nacional.

En 1998, Fernando Higuera publica un escrito titulado «Carta al presidente del Cabildo»², en la que, entre otras cosas, dice: «César fue, sobre todo, creador de entusiasmos en todos los que lo rodearon, y que le realizaron sus ideas, entre los que ocupan también primerísimo plano Luis Díaz de Losada, José Luis Olcina y Juan Alfredo Amigó en Tenerife, para la gran realización del Lago Martiánez, etc.». En ella pone en valor al equipo tinerfeño de César.

Según Nicolás González Lemus³, doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de La Laguna:

Manrique sugirió en el subsuelo del lago artificial, bajo el nivel de las aguas, una gigantesca bóveda de cristal, diseñada y construida ex profeso para la sala de fiestas, que resultó una auténtica maravilla, sin precedentes en el archipiélago canario. Pasó a denominarse Andrómeda, con un aforo de seiscientas personas. En ella se ofrecía al turismo y al público en general los espectáculos nacionales e internacionales de mayor prestigio y fama universal, en un ambiente de confort y lujo.

Amigó y Olcina evocan aquel momento:

Queríamos colocar unos cristales para que se viera el lago desde abajo y la gente nadando, pero como en aquella época la calidad de los cristales no nos daba el cien por cien de seguridad se sustituyeron por unas peceras. Dado que su mantenimiento era complicado, en algún momento posterior se decidió quitarlas.

El Lago se llena directamente desde el mar y para ello se practicó una hondonada donde se encuentra la toma de agua del mar. Existe una estación de bombeo que tiene cuatro bombas y la capacidad del lago es de aproximadamente 2.728.000 metros cúbicos. César propuso que el llenado de la isla fuese un gran volcán de agua, «que diese la sensación de un volcán de agua majestuoso». Y así se hizo mediante una red de tuberías circular con cortes en los tubos de solo un centímetro de diámetro. Amigó anota el detalle:

² Fernando Higuera, «Carta al presidente del Cabildo», *Lancelot*, Arrecife, n.º 737, 3 de abril de 1998, p. 18.

³ Nicolás González Lemus, «César Manrique, el viajero universal de Lanzarote en Tenerife», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de octubre de 2017, p. 5.

Esto es todo un poco casero, porque lo normal hubiese sido encargárselo a la fábrica de no sé qué o al especialista en fuentes que hizo la Plaza de Cataluña, pero lo que cogimos fue —como dice José Luis— una tubería de fundición dúctil de 600 milímetros y empezamos a hacerle cortes más o menos hasta que se consiguió el efecto deseado.

La impronta artística de Manrique se revela no solo en el interior del recinto, sino a lo largo de la avenida de Colón, por donde discurre un paseo que también forma parte del conjunto con la vocación de integrarse en la trama urbana. Las superficies blanqueadas —bancos y jardineras— jalonan un espacio donde los guiños a la arquitectura vernácula —ermita de San Telmo— se hacen más que evidentes: los tres accesos a las piscinas están flanqueados por empalizadas y garitas inspiradas en las que hallamos a la entrada de la ermita-fortaleza.

César recurre a la garita de la ermita de San Telmo y las empalizadas —señala Olcina— para integrar en su propuesta elementos del patrimonio y de la arquitectura tradicional, algo que era habitual en su obra pública, a veces descontextualizados, a veces sacados de escala. «El murete blanco con las empalizadas lo eligió y lo fue utilizando en varias partes, pues tenía esa capacidad artística para crear ese elemento y que no chocase, que pareciese muy bien armonizado con el resto de la obra», remata Olcina.

Como complemento a estas instalaciones balnearias, se añade una variada gama de bares, restaurantes y quioscos, así como una sala de fiestas para celebrar todo tipo de eventos en la isla central. Transcurridos diez años desde la redacción inicial del proyecto, el 30 de abril de 1977 se celebra la inauguración del Lago Martiánez.

Recuerdo —apunta Amigó— que cuando nosotros veníamos a la obra y nos íbamos a tomar un café aquí enfrente, no nos dejaban pagar por más que quiéramos. Luego se lo dejábamos encima de la mesa, pero es que la gente era consciente de que lo que se estaba haciendo era, para ellos, una revalorización enorme. Cuando se terminó el Lago Martiánez y se inauguró, los hoteleros, entre los cuales estaba Luis Díaz de Losada, decían que, en ese momento, a partir de ese día, se les había revalorizado el precio de la habitación un 15 por ciento. Un 15 por ciento del valor de esos hoteles era, seguramente, diez o veinte o treinta veces lo que había costado el Lago.

Como sucediera con la obra pública realizada por Manrique en Lanzarote, la intervención en el Lago Martiáñez fue posible gracias a la visión de las autoridades municipales y a la conjunción de un gran equipo formado por el propio artista, los ingenieros Amigó y Olcina y el constructor Díaz de Losada. Este contaba con un aparejador, Elías Fernández del Castillo, que acompañó a César durante todo el proceso, y también debe reseñarse la contribución de José Antonio Hidalgo en el campo eléctrico y la iluminación. Este equipo gozó de la confianza de los distintos gobiernos municipales.

Cuando se inaugura el Lago Martiáñez, Adolfo Suárez ya se encontraba al frente del Gobierno español, al ser nombrado el 5 de julio de 1977. Menos de tres meses después, se puso en marcha el Lago, abriendo una nueva etapa en el desarrollo turístico de Canarias con la transición democrática. Sobre el acto de apertura, ha escrito Nicolás González Lemus⁴:

En abril de 1977 se celebró la inauguración en el hotel Botánico. El subsecretario de Turismo, Ignacio Aguirre, en representación del ministro de Información y Turismo, ofreció una cena a unos trescientos cincuenta comensales, personalidades todas ellas expresamente invitadas por dicho Ministerio al acto de presentación internacional del Lago Artificial de Martiáñez. Al alto cargo ministerial le acompañaban directores generales de Empresas y Actividades Turísticas, de Ordenación del Turismo, el gobernador civil de la provincia, alcaldes y, además, los embajadores de Canadá, Suecia y Noruega, y también conocidos artistas españoles y extranjeros.

José Luis Olcina recuerda que después del Lago Martiáñez también se hizo la playa de Martiáñez y un dique de protección de la misma:

Aquí estaba César en ese año —1982—, que quería diseñar algo en la playa y no se llegó a hacer nada al final. Se puso la arena exclusivamente y se puso el dique de protección y, posteriormente, ya no estando César, se completaron las piscinas del lido de San Telmo a petición del Ayuntamiento, por lo que se hizo un nuevo proyecto para adaptarlas al resto ya sin la intervención de César.

⁴ *Ibid.*

Juan Alfredo Amigó comenta que Manrique tenía «una capacidad impresionante —y yo me daba cuenta— para ver terminada su idea. César era capaz de imaginarse lo que podría ser y que luego fuera exactamente lo que había imaginado».

La polémica de la peatonalización en Puerto de la Cruz

En enero de 1982, el alcalde de Puerto de la Cruz Francisco Afonso Carrillo y César Manrique presentan en las Casas Consistoriales el proyecto de reforma y acondicionamiento de nuevas calles peatonales, concebido por el artista y redactado por el arquitecto Fernando Higuera, con un presupuesto de 114 millones de pesetas. Las primeras calles en ser intervenidas serían San Juan, Blanco, Iriarte, plaza del Charco y aledañas. En la presentación, César Manrique expuso su filosofía y pensamiento y propuso pavimento de piedra natural, pérgolas, bancos, jardineras «y, sobre todo, flores, muchas flores»⁵. La noticia era que César Manrique sería el encargado de transformar las calles peatonales portuenses.

Manrique era firme partidario de peatonalizar, y así lo había manifestado unos meses antes en la prensa tinerfeña⁶:

Las calles peatonales, que está demostrado, a nivel europeo, que son mucho más comerciales. Claro que para ello deben estar bien pavimentadas y no con esos pavimentos color carne, donde la gente tira chicles y porquerías que ponen en evidencia una serie de basuras y que además no es el pavimento tradicional, que en Canarias es la piedra. O sea, los adoquines. Ya sé que es un poco más caro, pero vale la pena crear algo con estilo.

Sensibilizado con el urbanismo que favorezca al peatón y conceda protagonismo al ciudadano, el artista profundiza en sus ideas⁷ en el mismo mes en

⁵ «César Manrique transformará las calles peatonales portuenses», *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1982, pp. 1 y 10.

⁶ Salvador Pérez, «César Manrique: "Los propios canarios son los primeros destructores de su tierra"», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de septiembre de 1981, p. 29.

⁷ Sabina Roleff, «Las singularidades de César Manrique», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de enero de 1982.

que se presentó el proyecto de reforma y acondicionamiento de nuevas calles peatonales de Puerto de la Cruz:

En los países más cultos y adelantados, podemos tomar como ejemplo los del norte de Europa, se ha hecho el experimento de crear calles peatonales, porque la gente está harta del coche. Todo está masificado y contaminado por el automóvil. Se han dado cuenta de que las zonas peatonales no solo son más tranquilizantes, bellas y relajantes, sino que además, son más comerciales. La riqueza se multiplica por cuarenta. Esto se ha demostrado a nivel internacional.

El pleno del Ayuntamiento acordó comenzar por la calle Blanco, unas obras que fueron adjudicadas a la empresa de Luis Díaz de Losada⁸ y que dieron comienzo en septiembre de 1982. Al dar cuenta de esta intervención, los medios de comunicación citan a Manrique e Higuera solo al principio; a partir de marzo de 1983, dejan de hacerlo. Manrique jamás visitará las obras, algo rarísimo en él, lo cual evidencia que se desvinculó completamente de la ejecución del proyecto.

«Finalmente, creo que el proyecto era municipal», señala José Luis Olcina. «Se lo encargaron a la empresa constructora de Luis Díaz de Losada y seguramente este, por amistad, echó mano de César y le preguntó cómo había que peatonalizar, por ejemplo, qué tipo de pavimentos había que utilizar, cómo hay que hacer esta pérgola o este banco, pero nosotros no participamos. Quizá para salir del paso, César le dio unas ideas generales, pero oficial y formalmente no puede atribuírsele su participación en la peatonalización de la plaza del Charco y las calles adyacentes».

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, todavía se recuerda la polémica suscitada acerca de la autoría, o no, de César Manrique en el paseo de San Telmo, en Puerto de la Cruz.

La Fundación César Manrique no tiene constancia documental de la participación de Manrique en el paseo de San Telmo, pero Elías Fernández del Castillo, el aparejador de las obras de remodelación que se realizaron en 1976 en esa vía, aseguró en 2013 a la prensa que «trabajó junto a César Manrique

⁸ S. G., «La permanente, enterada de las obras complementarias del muelle», *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de septiembre de 1982, p. 7.

en este proyecto»⁹. El subtítulo de la crónica rezaba así: «Elías Fernández del Castillo “seguía las directrices” del artista lanzaroteño en las obras de remodelación que se acometieron en 1976 en este espacio público». La crónica dice lo siguiente:

Fernández del Castillo se puso en contacto con este periódico para dejar claro que en dicho trabajo participó el prestigioso artista lanzaroteño. «Yo hacía lo que él me decía, seguía sus directrices», declaró a *Diario de Avisos*.

El profesional apostilla que no quiere entrar en la polémica del proyecto que pretende acometer el Cabildo de Tenerife para remodelar este singular espacio del municipio norteño, pero sí quiere dejar claro que César Manrique estuvo en la obra, en la que Luis Díaz de Losada era el responsable de la contrata. «Aprovechando que se estaba haciendo el Lago Martiánez se remodeló el paseo de San Telmo, que estaba en muy mal estado», apunta, una actuación que tenía como objetivo abrir la zona y ganar espacio para el disfrute de los ciudadanos.

[...]

El aparejador explica que hay detalles que son característicos de la obra de César Manrique, como el predominio del color blanco, las pérgolas, las jardineras, el muro de piedra y el resalte de elementos naturales, «porque él se basaba mucho en el entorno», subraya. Incluso, añade, «César no quería hacer nada en la ermita y por eso no estuvo de acuerdo con lo que finalmente se ejecutó». Varios años más tarde se hicieron otros trabajos que no estaban en el proyecto original, como la rampa para personas con discapacidad.

El legado de César Manrique en el paseo de San Telmo es el principal argumento para defender que se respete la imagen actual del lugar, seña de identidad de Puerto de la Cruz, y evitar que se toquen (alteren) piezas características, como el muro de piedra longitudinal que lo recorre, las pérgolas y el pavimento, donde se aprecia el sello del afamado arquitecto.

En la misma línea que el aparejador Elías Fernández del Castillo se pronunció el doctor Nicolás González Lemus¹⁰ un año más tarde, en 2014:

⁹ Gabriela Gulesserian, «El aparejador de San Telmo afirma que Manrique trabajó en el proyecto», *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de agosto de 2013, p. 8.

¹⁰ Nicolás González Lemus, Recurso de Alzada interpuesto contra la Resolución del Cabildo de Tenerife, del 19 de marzo de 2014, a su informe sobre el *Legado histórico y patrimonial del paseo de San Telmo en el Puerto de la Cruz*, de 6 de abril de 2014.

En el pleno municipal del 30 de julio de 1975, el Ayuntamiento de Puerto de la Cruz encarga a los técnicos municipales, los arquitectos Joaquín Jalvo y Francisco Gil, la redacción del proyecto de la calle San Telmo. Fue sometido a información pública, por el plazo de un mes, el 13 de agosto. La ejecución de la obra la realizaría Luis Díaz de Losada, a quien le acompañaba su inseparable sobrino Rafael Prat Díaz de Losada, su aparejador Elías Fernández del Castillo, y su íntimo amigo César Manrique.

[...]

Pero en la remodelación del paseo de San Telmo de 1976 se respeta la presencia del muro. Siguió su curso como siempre ha existido. Sin embargo, a partir de ahora, se le añadía otra razón para su conservación, protege el derecho a la intimidad de los bañistas en el nuevo solárium, la Explanada. Pero el Ayuntamiento y el equipo que estaba realizando las obras del Lago Martiánez pidieron consejos a un hombre para ver cómo transformar el paseo San Telmo en un espacio peatonal: César Manrique, el artífice de la obra del Lago Martiánez. Frente a la antigua perfumería Virginia se coloca el cartel: «Obra municipal del Acondicionamiento y Rehabilitación del paseo de San Telmo», firmada por Joaquín Jalvo.

[...]

Según el periodista de entonces, Pedro Antonio Fuentes, y los testimonios del aparejador de las obras, Elías Fernández del Castillo, la idea de alicatar, de recubrir, el muro del paseo de San Telmo fue del lanzaroteño César Manrique. Manrique, que era un artista que siempre le gustaba actuar sobre lo que existe y no derruir —según los estudiosos de su obra— sugirió recubrir de piedra basáltica el deteriorado muro, percatándose, a partir de entonces, un cambio en la fisonomía de este rincón emblemático. Alicató el muro de mampostería blanco con piedra basáltica, para él de una fuerte connotación de belleza. Todo el muro, incluso las partes de nueva construcción.

[...]

Pero no solo la actuación de César Manrique se restringe a la idea de recubrir el muro. Contemplando la zona, el número de elementos del paseo de San Telmo está en sintonía con el muro blanco que bordea la ermita y el que se conserva en el Complejo Martiánez, ideado por César Manrique. El conjunto responde a la filosofía estética que el artista lanzaroteño defendía: integrar el blanco en el paisaje, en el entorno, y combinarlo con el origen volcánico de las islas, usando piedras y rocas basálticas. El artista lanzaroteño lo que hace es dialogar con lo existente.

[...]

Olfateando en la hemeroteca de la época se constata que César Manrique sí dio muestras de intervenir en el actual paseo de San Telmo. El columnista de los años setenta del periódico *La Tarde*, Pedro Félix de Benito, firmaba como Tin Marín, que mantuvo una página fija bajo el epígrafe Puerto de la Cruz, en dos columnas, en su artículo del 24 de septiembre de 1975, afirmaba:

Por cierto, ya que estamos hablando de obras en las calles de la ciudad, digamos que el domingo tuvimos ocasión de charlar un buen rato con este artista auténtico e integral que es César Manrique quien, como se sabe, es el encargado de la ornamentación y tratamiento del Lago Artificial así como también de la calle San Telmo y en relación con esta última vía nos manifestó que en su ausencia de la ciudad se habían hecho allí, o al menos así daba la impresión de ser, alguna que otra cosilla que no estaba dentro de las directrices que, para dicho paraje, él había dejado proyectados. De manera que vamos a ver si se atiende como es debido al amigo César, que indiscutiblemente sabe de estas cosas más y mejor que persona alguna.

Iba acompañado César Manrique en aquel momento de Tico Medina y el arquitecto de la Sala Andrómeda, Fernando Higuera Díaz, pasando «revista» al lugar. Pedro Antonio Fuentes, bajo el título «El lago artificial de Martiánez en el Puerto de la Cruz», del viernes, 22 de abril de 1977, en el periódico *La Tarde*, afirma que:

La obra realizada en el litoral de Martiánez se debe al artista lanzaroteño César Manrique, quien a la vez ha venido tratando otros rincones de la ciudad del Puerto de la Cruz, como pueden ser el paseo de San Telmo y las actuales zonas peatonales que en el Puerto de la Cruz existen.

Se refería a las calles Corales, Sargento Cáceres y Aldea que confluyen al paseo.

Ya recién comenzadas las obras del proyecto, el miércoles 28 de enero de 1976, el rotativo *El Día* publicó un largo artículo de Pedro Antonio Fuentes, titulado «El paseo de San Telmo del Puerto de la Cruz, recuperado para los ciu-

dadanos». Es muy ilustrativa la referencia que hace a la intervención de César Manrique:

El viejo pavimento de asfalto por donde circulaban los coches ha sido sustituido por otro de losas de cemento hormigonado y el lugar ha sido decorado con piedras rocosas. La obra de remodelación del paseo se debe al gran artista lanzaroteño César Manrique, quien ha puesto en la empresa el sello de su característico buen hacer estético. Jardineras para palmas tropicales, con bancos redondos y blancos adosados a ellas, iluminación por medio de unas funcionales farolas instaladas en el muro que linda con el borde de terraplén, focos reflectores en los salientes de las rocas. Todo ello ha servido para convertir el viejo e inhóspito paseo en un lugar acogedor, donde se oyen todas las lenguas y todos los hombres y mujeres caminan ajenos a las preocupaciones del tráfico, del ruido y del peligro de los coches, a los que se ha arrebatado, con la colaboración inapreciable de César Manrique, un trozo de ciudad recuperada para los ciudadanos.

Según Pedro Antonio Fuentes, la obra de remodelación del paseo se debe a César Manrique, el pavimento, las palmeras, los bancos redondos y blancos adosados a ellas, iluminación por medio de farolas. El lugar fue «decorado con piedras rocosas», afirma el articulista. Es evidente que se refiere a piedras basálticas, luego el muro fue recubierto por «piedras rocosas» o «piedras basálticas», según él, por indicación de César Manrique.

Elías Fernández del Castillo, el aparejador del contratista Luis Díaz de Losada, el encargado de las obras del Lago Martiánez y remodelación del actual paseo de San Telmo, que trabajó «codo con codo» con su jefe y con César Manrique, coincide con Pedro Antonio Fuentes: el alicatamiento del muro es por indicación del artista lanzaroteño. Aseguró, al periódico *Diario de Avisos*: «hay detalles que son característicos de la obra de César, como el predominio del blanco, las pérgolas, los jardines y el muro de piedra» y, añade «yo hacía lo que él [César Manrique] me decía, seguía sus directrices». Fernández del Castillo asegura que César Manrique estuvo en la obra, en la que Luis Díaz de Losada era el responsable de la contrata, y aprovechando que se estaba haciendo el Lago Martiánez se remodeló el paseo

de San Telmo «porque estaba en muy mal estado», apunta el aparejador. Según él, «era una actuación que tenía como objetivo abrir la zona y ganar espacio para el disfrute de los ciudadanos. Varios años más tarde se hicieron otros trabajos que no estaban en el proyecto original, como la rampa para personas con discapacidad».

En efecto, como afirma Fernández del Castillo, por todos los alrededores del paseo de San Telmo se detectan claros elementos atribuidos a César Manrique. Todo responde a la filosofía de la estética que el artista lanzaroteño defendía: integrar el blanco en el paisaje, en el entorno. Son característicos de la obra de César Manrique, no solo el predominio del color blanco, sino también las pérgolas, las jardineras, el muro de piedra y el resalte de elementos naturales, los bancos, las baldosas, la conexión entre los espacios curvos y rectos con callaos entre las baldosas, los muros redondos, los elementos escultóricos debajo, incluso intervino sobre el muro existente, porque César Manrique respeta la singularidad del lugar, del espacio emblemático de tránsito que es el paseo, y es consciente de que su muro es parte indiscutible de esa singularidad por lo que no lo elimina sino lo transforma, lo moderniza. El muro lo recubre de piedra y hormigón y resalta los elementos naturales. Incluso el pavimento. Manrique le planteó a Luis Díaz de Losada que quería un pavimento de gravas con cemento de color blanco. Eso no se conseguía en el mercado. El contratista lo fabricó en su taller TUBORD expresamente para el litoral de San Temo (calles y solárium). El pavimento del paseo de San Telmo fue configurado por una solería de conglomerado blanco y pequeños cantos oscuros, y aún se conserva, aunque deteriorado en algunas partes.

Todo este conjunto de elementos individuales del artista lanzaroteño César Manrique son bienes muebles con carácter histórico y artístico que necesitan ser protegidos. No se pueden destruir. Sería un atentado al Patrimonio Histórico y Artístico. Por ello, los responsables del Cabildo deben de establecer las medidas necesarias para conservar en su sitio las obras de César Manrique en el paseo de San Telmo y proceda a considerarlas como bienes muebles en el decálogo de Bienes Patrimoniales de Canarias.

La última remodelación realizada acabó con el muro y destruyó las huellas manriqueñas de la calle, de ahí la polémica.

Sobre la participación de César Manrique en el paseo de San Telmo, Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina consideran que la obra la ejecuta la empresa de Díaz de Losada, al igual que Martiánez, y el aparejador de ambas es el

mismo, Elías Fernández del Castillo, y el desarrollo de ambas obras coinciden en el tiempo. Amigó considera que la obra no puede atribuírsele a César:

Después de más de cincuenta años de amistad y de relación profesional, esta es una de las poquitísimas cosas en las que hemos discrepado José Luis y yo. En mi opinión no es de César porque nadie se la encargó, porque no figuraba su firma ni su nombre en ningún lado. Cosa distinta es que el aparejador de la contrata que ejecutaba la obra, Elías Fernández del Castillo, a la vez que se llevaban a cabo las obras del Lago Martiánez, se dirigieran a César y le pidieran su opinión y que César la diera. Pero en mi concepción de lo que significa atribuir o no una obra a alguien, no entra el opinar o el aconsejar al aparejador de la contrata.

José Luis Olcina, en cambio, cree que puede atribuírsele al artista, aunque no mediara encargo formal:

Tiene razón Juan Alfredo en que no hubo un encargo, pero lo que pasa es que a lo mejor no nos acordamos lo suficiente de la cantidad de visitas que hicimos a las obras del paseo de San Telmo. Creo que si César estuvo dirigiéndolas y orientándolas, para mí sí es una obra de César. Él aportó su impronta, aunque no tuviese el encargo oficial y nosotros no figuráramos como ingenieros, eso está claro, porque no teníamos ningún encargo allí. Pero recuerdo que a Luis Díaz de Losada o a Elías Fernández del Castillo les acompañamos varias veces, incluido César, por las obras del paseo y la pavimentación de la plaza del Charco y las calles adyacentes. Íbamos los tres y César daba su opinión sobre el tipo de pavimento y otras cuestiones. Para mí es obra de César, aunque no hubiera un encargo, porque intervino diciendo cosas y aportando ideas, y también era esa su forma de trabajar: aquí ponemos una pérgola, aquí ponemos un banco, etc. Hubo un asesoramiento, eso está fuera de toda duda. Por ejemplo, el paseo tenía el mismo tipo de pavimento de pequeños callaos que la piscina de Martiánez, el remate acaba de la misma forma, el mismo tipo de banco, definió incluso una pérgola diferente, que aún se mantiene, pegada a San Telmo... Ahí se ve totalmente el estilo de César y la obra quedó como él quería, es decir, estuvo hasta el final y le dio el visto bueno. ¡Eso lo dirigió César, seguro!

Por su parte, Juan Alfredo Amigó señala:

Nosotros quizás opináramos, pero sobre un proyecto de otros y con un presupuesto cerrado, con lo cual César tampoco tenía libertad para proponer lo que quisiera. César les aconsejó que lo hicieran como lo estábamos haciendo en Martíánez, pero creo que quien lo hizo fue Elías Fernández del Castillo, que estaba en las dos obras a la vez, con el visto bueno de la dirección de obra municipal.

Desde la segunda mitad de los años setenta del siglo pasado, César Manrique se mostró partidario de promover la peatonalización en Puerto de la Cruz y favorecer el desplazamiento a pie del ciudadano frente al uso indiscriminado del automóvil, siguiendo las tendencias de gestión de la movilidad en los espacios urbanos europeos.

Con independencia de la autoría integral de los proyectos desarrollados en diversas calles del Puerto —que se realizaron en diferentes etapas—, la huella estilística característica de la obra de Manrique era visible en distintos elementos de la zona, en particular en el tramo del paseo de San Telmo.



Obras inacabadas por César Manrique



Playa Jardín, Puerto de la Cruz

Playa Jardín constituye otra pincelada de Manrique en la isla de Tenerife. El artista diseñó esta intervención y supervisó parte de la ejecución de las obras, que fueron completadas e inauguradas tras su fallecimiento, razón por la cual no se incluye en el repertorio de sus obras concluidas. Esto se explica porque era precisamente en el remate final y en los detalles cuando se desplegaba por completo la capacidad creativa del artista. En 1994 finalizan las obras. Con él participaron en Playa Jardín sus amigos y estrechos colaboradores Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina.

Playa Jardín se alza en el municipio de Puerto de la Cruz. El complejo está compuesto por tres playas de arena negra —Playa Jardín, Playa Chica y Punta Brava— que se extienden a lo largo de unos 700 metros entre el castillo de San Felipe y el barrio de Punta Brava. Cuando se le propuso la idea, Manrique proyectó una idílica playa en una localidad turística que prácticamente carecía de ellas. Como su nombre indica, es una playa bordeada por un jardín. Al estar orientada a barlovento, hubo que diseñar y construir varias escolleras para proteger la playa y a sus usuarios del embate de las olas.

La secuencia es muy manriqueña. Te encuentras con una zona residencial, una ancha calle, una amplia franja ajardinada y, abajo, tras la zona verde, surgen las playas. Las tres playas se encuentran después de unos jardines

arbolados conteniendo especies vegetales endémicas, senderos y veredas, cascadas de agua y cuevas de piedra. Las playas se encuentran muy cerca de Loro Parque, el conocido parque temático que recibe anualmente millones de visitantes. Cuenta con varias escolleras para nadar cómodamente o coger olas, y el conjunto posee todos los servicios necesarios —aseos, vestuarios, parque infantil, duchas y paseos— lo que permite la práctica de deportes sobre la arena, jugar entre las olas, tomar el sol, picotear o comer. También dispone de puntos de información turística, vigilancia y salvamento.

Se trata de otro proyecto técnico de Olcina y Amigó redactado bajo la dirección creativa de Manrique. El encargo lo hizo el alcalde Francisco Javier Afonso Carrillo en la segunda mitad de la década de los ochenta. Así lo recuerdan los ingenieros:

Hicimos el proyecto con César y lo financió Costas, al tratarse de un espacio incluido en la zona de dominio público marítimo-terrestre, pero la obra fue adjudicada por Costas a la empresa Ferrovial. Trabajamos muy bien, pero el proyecto no se desarrolló por completo, pues se dejaron de construir una serie de restaurantes que estaban previstos.

En su origen era un llano sucio, un espacio degradado que fue ajardinado y recuperado. Dispone de unos 12.000-15.000 mil metros cuadrados de zonas verdes. A juicio de los ingenieros, Playa Jardín «son dos cosas: una, la playa propiamente dicha, y el dique, la defensa marítima que protege Playa Jardín, que pasó por ciertas vicisitudes y es posterior a Playa Jardín». En efecto, en la playa más cercana a Punta Brava hay un dique semisumergido para aminorar la fuerza de las olas, proyectado por la Jefatura de Costas a una cota de -1,50 metros que, al final, se quedó solo en -0,50. Los ingenieros rememoran que la obra estaba muy avanzada cuando falleció César:

Nosotros hicimos solo el proyecto de tierra: los jardines y la vegetación, un templete, los accesos, la cascada... César participó en todo, aunque la obra concluyó dos años después de su fallecimiento. César diseñó incluso los detalles, como la señalética de los baños de caballeros y señoras, unos pescados con boliches en los ojos. Hay un quiosco original en un lugar central, que se trajo de Sevilla, y que presenta problemas de conservación. También se trajo un móvil de César que estaba instalado en Puerto de Santa María, en Cádiz, y lo trasladaron a Playa Jardín, pero se echó a perder por falta de mantenimiento.

Tristemente, este espacio presenta problemas de conservación y mantenimiento. La cascada que llegaba al mar, por la playa, está sin agua y sin funcionar y se aprecian pastiches, intervenciones irrespetuosas, aditamentos, complementos, jardines descuidados...

Amigó comenta:

El litoral de Puerto de la Cruz es —yo creo— un litoral único en el mundo. Eso creo. Es decir, tiene la playa natural con este dique de protección, el Lago Martiánez, las piscinas, las otras piscinas de San Telmo, la zona virgen de la calle San Telmo, el puerto, el parque marítimo —que, de momento, sigue ahí— y, luego, la Playa Jardín: imposible aprovecharlo mejor.

Parque Marítimo César Manrique, Santa Cruz de Tenerife

El Parque Marítimo refleja la huella de Manrique en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Esta instalación es otra obra inacabada del artista, ya que es uno de los proyectos que desarrollaba cuando falleció, en septiembre de 1992, al igual que sucede con Playa Jardín. En diciembre de 1991, los ingenieros Juan Alfredo Amigó Bethencourt y José Luis Olcina Alemany culminaron la redacción del proyecto. La maqueta se presentó en febrero de 1992. El Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife aprobó la propuesta en mayo de ese mismo año y en abril de 1993 empezaron las obras de la primera fase. Sin embargo, las obras se ejecutaron en ausencia del artista, aunque bajo la supervisión de Olcina y Amigó. Por ello, no está considerada obra de Manrique en sentido estricto, aunque lleva su inconfundible huella. Esto es así porque, como es conocido, en sus creaciones espaciales Manrique decidía sobre el terreno, y trabajaba sobre la obra y sus detalles. Por lo tanto, es imposible determinar cuál hubiese sido el resultado final de esta intervención de estar César vivo y a pie de obra.

El Parque Marítimo es un complejo de ocio de 22.000 metros cuadrados de superficie situado al borde del mar y formado por varias piscinas de agua salada. Como hacía siempre que trabajaba en Tenerife, Manrique lo ideó apoyándose en sus grandes amigos y estrechos colaboradores, Olcina y Amigó. Esta intervención es el eje de la principal oferta de ocio de sol y playa en el municipio y recibe unos 250.000 usuarios al año. Una gran muralla, bajo cota, discurre junto

a la calle, y, embutidos en su interior, se encuentran los aseos, vestuarios, restaurantes, salas de maquinaria y áreas de mantenimiento. La entrada está remarcada por dos garitas inspiradas en las del colindante Castillo Negro, mientras las murallas del interior semejan la piedra de la vecina Casa de la Pólvora, dando continuidad a los dos enclaves históricos en los que se inspira.

En febrero de 1982, *Diario de Avisos* anuncia que podría encargarse a César Manrique el proyecto¹¹, mientras se encontraba en Madrid trabajando en el centro comercial de La Vaguada, en el que integró ambientes naturales con cascadas, fuentes y luz natural. A preguntas de Andrés Chaves, manifestó que Amigó y Olcina «eran amigos suyos, que su competencia estaba más que demostrada, que habían sido los mejores colaboradores en las obras del litoral portuense y que estaba contentísimo de que el proyecto se les encargara a ellos». La constructora que ejecuta esta obra es Dragados y Construcciones.

El Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife encargó en 1991 el Parque Marítimo de la ciudad a Manrique y a los ingenieros, un equipamiento público que estaría ubicado en los terrenos que la corporación santacruzera había adquirido en Cabo Llanos, el área de expansión de la capital tinerfeña. Poco tiempo antes, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria había encargado a César Manrique la propuesta para un parque marítimo en El Confital.

En 1995, Lázaro Santana analiza esta obra inacabada de Manrique¹² y concluye de esta manera: «No parece difícil anunciar que con el Parque Marítimo acaba de nacer el nuevo emblema de Santa Cruz de Tenerife». Ya en 1993, el autor se había referido a los proyectos que el artista había dejado inconclusos un año después de su inesperada muerte en un accidente de tráfico, anotando ciertas cautelas acerca de la forma en que tales proyectos podrían llegar a terminarse¹³. Y ello debido a la manera peculiar que Manrique tenía de trabajar, puesto que muchas de sus ideas se las iba sugiriendo la obra misma durante su progreso. Lázaro Santana sostuvo entonces que Amigó y Olcina tenían ante sí un reto enorme y complejo, llevar a cabo una obra donde el nombre del artista iba a ser protagonista, pero sin que sus ideas, intuición e inspiración fluyeran a pie de obra como solía ocurrir.

¹¹ Andrés Chaves, «César Manrique, entusiasmado con el parque marítimo», *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de febrero de 1982, p. 7.

¹² Lázaro Santana, *Parque Marítimo César Manrique*. Santa Cruz de Tenerife, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1995.

¹³ Lázaro Santana, *César Manrique, un arte para la vida*, Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1993.

Pero, como ha apuntado Lázaro Santana, los dos ingenieros conocían muy bien a Manrique después de colaborar con él en varios proyectos, y además se había fraguado entre ellos una gran amistad. Amigó y Olcina compartían las ideas del artista, se fue forjando en ellos una misma manera de ver los espacios y su conexión e integración con el entorno, sin perder de vista la funcionalidad y la finalidad para la que fueron creados. Así pues, Amigó y Olcina debían ser fieles a unas ideas generales ajenas, aunque compartidas, y, a la vez, debían resolver muchos detalles por sí mismos, ya sin la creatividad de César. Esto mismo es de aplicación al Parque del Mediterráneo, en Ceuta.

El Parque Marítimo de Santa Cruz de Tenerife abrió en diciembre de 1995. La capital tinerfeña cuenta con un paraíso en el centro de la ciudad, situado entre el castillo de San Juan —o Castillo Negro—, la Casa de la Pólvora y el auditorio, a un lado, y el jardín botánico Palmétum, al otro, fruto de la reconversión de un vertedero en un palmeral de 120.000 metros cuadrados de superficie.

El proyecto responde a la necesidad que tuvo la ciudad de recuperar para el uso ciudadano un importante espacio marginal, ya que aquí se encontraba un hospital de aislamiento de los infectados o sospechosos de enfermedades contagiosas, la refinería de petróleo y, por último, diversos servicios municipales de molesta vecindad como el matadero, las perreras, los vertederos de cloacas, residuos y escombros. La solución consistió en una operación de saneamiento y transformación urbana a través del Parque Marítimo y el jardín botánico, que ocupan conjuntamente una superficie de unos veinte campos de fútbol.

En el conjunto se aprecian varias zonas diferenciadas. La zona del Castillo Negro y la Casa de la Pólvora —de uso cultural—, dos espacios enlazados mediante terrazas escalonadas y, en medio, una amplia plaza con instalaciones hosteleras en el centro de la cual se alza un *Juguete del viento* esbozado por César Manrique, y cuya ejecución concluyeron los ingenieros. «César lo dibujó dos días antes de su fatal accidente, en nuestra oficina», relata Amigó.

El pórtico que separa la plaza del Parque Marítimo lo dibujó César y es semejante al que existe en la sede de la Fundación César Manrique de Taro de Tahiche (Lanzarote), pero realizado en piedra vista. En la parte anterior del baluarte se abrió un foso para que el mar lo rodee por completo, construyéndose en piedra un puente de acceso de nuevo planta perfectamente

integrado en el conjunto. En la parte trasera del castillo, se construyó un pequeño muelle con un corto amartillamiento que se integra perfectamente en este conjunto histórico. Esta pieza figuraba en el proyecto original.

Otra zona son las piscinas y solárium. El Parque Marítimo se asemeja al Lago Martiánez, la propuesta ofrecida por Manrique, con la colaboración de Amigó y Olcina, al Puerto de la Cruz. En el conjunto destaca la piedra volcánica sobre el color blanco, el agua en piscinas y cascadas, las palmeras y otra vegetación, y uno de sus *Juguetes del viento*, las esculturas móviles creadas por Manrique. Para el hilo narrativo, el artista se inspira en el cercano Castillo Negro. Así, los muros que rodean enteramente el Parque Marítimo parecen prolongar los del castillo y contienen espacios de servicio, como los vestuarios, con puertas en forma de arco, mientras replica las garitas de la fortaleza y las reconvierte en las taquillas de acceso al Parque. Estos recursos integran la instalación en el entorno y le otorgan un matiz historicista, estableciendo un diálogo respetuoso del arte y la naturaleza con los dos edificios históricos, que quedan perfectamente integrados en el conjunto.

Además de sus tres piscinas de agua salada, el Parque Marítimo cuenta con servicios de restauración, tiendas, vestuario, ludotecas, duchas y gimnasio, así como servicios de alquiler de hamacas y sombrillas para ser utilizadas en los amplios solárium, convirtiéndolo en un sitio ideal tanto para actividades turísticas como familiares, de ocio y de descanso. Las dos piscinas principales cuentan con islas artificiales en su interior y la profundidad varía según la zona, habilitando el acceso a las mismas mediante rampas tipo playa o escaleras. La tercera es una piscina infantil. En esta intervención, los ingenieros decidieron no recurrir al pavimento de color blanco tan característico en la obra espacial del artista. El espacio está salpicado de grandes piedras, callaos, vegetación, pérgolas con plantas trepadoras creando sombra, el relajante rumor del agua, árboles... Una vez más, la belleza puesta al servicio del disfrute de las personas.

En el proyecto original, un restaurante con vistas panorámicas hacia el solárium y las piscinas actuaría de frontera con el jardín botánico, disponiendo en su cubierta de una gran cascada, que no está en funcionamiento por su posible afección a la estructura del edificio. Desde la piscina, en la base del restaurante, se eleva un risco artificial de más de diez metros de altura hasta el mismo restaurante, creado mediante tres filas superpuestas de rocas basálticas, dando la impresión de que se trata de un elemento geológico na-

tural cuando, en realidad, se trata de piedra extraída de una cantera situada en Güímar, en el sur de Tenerife.

Todas las instalaciones de ingeniería dedicadas a bombear el agua se encuentran ocultas debajo de los aparcamientos. Desde la sala de máquinas se controla la iluminación del recinto y el vaciado y llenado de las piscinas con agua de mar.

A juicio de Lázaro Santana¹⁴, la obra sigue los propósitos muy generales que animaban a Manrique en su obra pública: atención a la apariencia estética, integración en los hitos de su entorno y pensada para el disfrute de las personas. Y sigue los dictados de la maqueta que fue realizada en su día y cuya realización supervisó el artista. Ante su ausencia, la dirección de obras corrió por cuenta de Olcina y Amigó, con la colaboración de Elías Fernández del Castillo, quien había participado en la ejecución del Lago Martiánez, un gran intérprete a la hora de llevar a cabo las ideas de César.

Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina coinciden en que «el ideólogo» del Parque Marítimo de Santa Cruz de Tenerife fue José Emilio García Gómez, concejal de Urbanismo del Ayuntamiento entre 1987 y 1991, junto al alcalde Manuel Hermoso:

Nuestro proyecto era parte de un conjunto mayor, como el Palmétum y su escollera, y los accesos a Santa Cruz por esa zona de la ciudad. Dentro de ese conjunto, se nos encargó el Parque Marítimo y la plaza situada delante del Castillo Negro, donde se alza la escultura *Homenaje a Santa Cruz*. César participó en el diseño del proyecto, pero la obra se ejecutó ya sin él. Nos llamó Manuel Hermoso y nos citó con César y José Emilio García Gómez para encargarnos el proyecto. Tenemos la satisfacción de que, al final de la conversación, Manuel Hermoso le dijo a César: «Mira, César, la condición es que estos señores hagan el proyecto», a lo que César respondió: «Es que, si Juan Alfredo y José Luis no están, yo tampoco participo». A partir de ese momento, José Emilio García Gómez se entregó en cuerpo y alma para que el proyecto saliera adelante. Aquella era una zona muy degradada y había que expropiarla, y ahí José Emilio hizo una gran labor. Lo que es la piscina hoy, era el borde de una piscina proyectada para un club de suboficiales del Ejército, eran terrenos del Ejército ganados al mar, y que el Ministerio de Defensa

¹⁴ Lázaro Santana, *Parque Marítimo...*, op. cit.

cedió al Ayuntamiento. Hicimos la planta del espacio, y, sobre ella, César dibujaba. Le hicimos un canal al castillo para rodearlo de agua, porque antes no entraba, y en el otro lado dibujó las formas de las piscinas, una con forma de «U», hasta que concluimos el proyecto, con todo nivel de detalle, en el que intervino César cien por cien. En la parte alta proyectamos una cascada sobre el edificio, discurre sobre su cubierta y vuelve a caer, siendo muy espectacular, aunque muy pocas veces se ha puesto en funcionamiento. La maqueta la hizo Heredia, que falleció hace poco. Esta obra la hizo Dragados, y nosotros le sugerimos que contratase al aparejador Elías Fernández del Castillo y a José Antonio Hidalgo en la parte eléctrica. Elías jugó un papel importante porque ya había trabajado con César y conocía su estilo, y fue de una gran ayuda. La escultura que va en el interior del Parque Marítimo se escogió entre las que César ya había diseñado y sus aspas las aprovechamos para reproducir elementos como los tiradores de las puertas. Nos esforzamos cien por cien en aplicar las enseñanzas de César en los pequeños detalles.

Actualmente, una sociedad pública gestiona este equipamiento, denominada Parque Marítimo Santa Cruz, SA, y está constituida por el Ayuntamiento de la ciudad y la Autoridad Portuaria de Santa Cruz de Tenerife, ambos con una participación del 50 por ciento. La presencia de este último ente obedece a que la intervención se realizó sobre terrenos que forman parte de la Zona de Dominio Público Portuario.

Parque Marítimo del Mediterráneo, Ceuta

La simbiosis entre arte y naturaleza propugnada por César Manrique también llegó a Ceuta. El 1 de julio de 2020 se cumplieron 25 años de la apertura al público del Parque Marítimo del Mediterráneo, en la ciudad autónoma de Ceuta. Emulando a Costa Martiánez, en el Puerto de la Cruz, Manrique comenzó esta intervención en 1992, pero no pudo concluirla debido a su inesperada muerte. De su ejecución y conclusión se ocuparon sus estrechos colaboradores los ingenieros Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina, quienes se condujeron bajo los mismos criterios que en el Parque Marítimo de Santa Cruz de Tenerife. En particular, Olcina deja su trabajo en la Administración pública, temporalmente, y se vuelca en esta obra, estando muy presente en su ejecución.

En Ceuta lo consideran una obra póstuma de Manrique, como dice Andrés Chaves, autor de un libro sobre esta intervención¹⁵. En puridad se trata de una obra inconclusa de César Manrique cuya autoría final no puede atribuírsele íntegramente, al igual que el Parque Marítimo de Santa Cruz. Una línea de palmeras subraya la presencia de esta obra al llegar a la bocana del puerto de Ceuta, señalando el centro urbano de la ciudad. El Parque Marítimo del Mediterráneo es el principal atractivo turístico de la localidad y una de las mejores opciones de ocio para los propios ceutíes.

Ceuta ocupa una pequeña península en la que viven unos 85.000 habitantes. En 1989, la ciudad se encontró con una gran extensión de terrenos ganados al mar y se planteó darle alguna utilidad. La corporación tenía claro lo que hacer: algo parecido a Costa Martiánez, en la localidad turística tinerfeña de Puerto de la Cruz. Tras contactar con César Manrique, este mostró su predisposición a desarrollar el proyecto en una ciudad que conocía de su etapa en el servicio militar. Los ingenieros evocan aquel momento:

En Martiánez, nos hicieron a nosotros el encargo y César se incorporó al equipo; en el Parque Marítimo de Santa Cruz, digamos que se nos hizo el encargo a ambos a la vez; pero en el Parque Marítimo de Ceuta el encargo se lo hacen directamente a César, al parecer por recomendación de alguien de Madrid. César les dijo: «Voy con mi equipo», y nos llamó. Tenían una gran ilusión con el proyecto y fueron a por César con los ojos cerrados. Nos contactó el alcalde de entonces, Aurelio Puya Rivas, primer edil de Ceuta entre 1985 y 1987. Fuimos los tres a reconocer el terreno —entonces era alcalde Fructuoso Miaja— y escuchar de primera mano qué era lo que tenían en mente, pero el gran empeño de César durante ese viaje fue reencontrarse con las instalaciones militares y el barracón en los que permaneció algún tiempo, en 1938, cuando estuvo destinado a Ceuta durante el servicio militar, y dio con ellos, a pesar de que llevaban décadas abandonadas.

Finalmente, los tres viajan a Ceuta y durante el trayecto en barco por el Estrecho, los ingenieros rememoran que César «criticó a los políticos con la vehemencia que le caracterizaba y había un señor cerca leyendo el

¹⁵ Andrés Chaves, *Ceuta: nuestro paraíso. Parque Marítimo del Mediterráneo*, Editorial Burgado, Santa Cruz de Tenerife, 1997.

periódico». Cuando llegan a puerto, «a pie de escalerilla se subió al coche oficial el señor que escuchó nuestra conversación, que era el alcalde de Ceuta. ¡Casi nos cuesta el encargo!», relatan risueños, aunque después el alcalde «fue el mayor defensor del proyecto». Amigó recuerda que en Ceuta lo llamaban el Parque Lineal y que discurría en paralelo, por debajo de la gran avenida marítima de la ciudad, en una explanada de terrenos ganados al mar. «César propuso el nombre “Mediterráneo” desde el primer momento», asegura.

Los Parques Marítimos de Santa Cruz y Ceuta discurren casi en paralelo, por lo que hay coincidencias entre ambos. Manrique se inspira en las murallas ceutías y propone una fortaleza de nueva planta dentro del Parque Marítimo del Mediterráneo. Según Amigó y Olcina, «como en Santa Cruz, César trabaja sobre plano de planta y dibuja sobre ellos sus propuestas artísticas y hace un seguimiento muy de cerca a la evolución del proyecto. Venía mucho a nuestra oficina porque disfrutaba mucho participando de todo aquel proceso».

El Parque Marítimo del Mediterráneo se extiende sobre una superficie de unos 56.000 metros cuadrados y alberga tres piscinas de agua salada, cascadas, solárium, jardines e instalaciones de servicios, como una guardería. En el centro sobresale un castillo de nueva planta, inspirado en las murallas de la ciudad. De esta manera, Manrique entronca con la historia de Ceuta y a su alrededor crea el relato artístico de esta obra. Acoge un casino, bares y restaurantes con variada oferta gastronómica y una discoteca. Junto al Parque Marítimo se ubica un puerto deportivo.

Pronto se disiparon las dudas iniciales y cesó el debate que generó la conveniencia de construir o no el Parque Marítimo. Las instalaciones diseñadas originalmente por César Manrique no tardaron en convertirse en uno de los grandes tesoros de la ciudad para orgullo de los ceutías. Ceuta cuenta con 18,5 kilómetros cuadrados de superficie y tiene el estatus de puerto franco y una serie de ventajas fiscales que favorecen el comercio. En el año 1995, se constituyó en ciudad autónoma, y ese mismo año, en mayo, se inauguró el Parque Marítimo. El 1 de julio abrió sus puertas al público.

El Parque Marítimo del Mediterráneo consta de tres lagos. El primero incluye una playa artificial de escasa profundidad, protegida por pequeñas islas con palmeras, ideal para los niños. Este primer lago se llena mediante una cascada de 25 metros de altura que brota del lateral del castillo.

El lago central cuenta con una superficie de más de 17.000 metros cuadrados y se encuentra entre el castillo y una colina artificial, poblada de una exuberante vegetación y coronada por una escultura de Manrique. De esta elevación surge una gran catarata que llena el lago. En su lado norte se encuentra una réplica del faro de Ceuta y en el centro brota un surtidor de varios metros de altura. El tercer lago, el más pequeño, tiene forma de ocho y puede ser cruzado a pie a través de un puente de madera. Desde una sala de máquinas se vacían y se llenan las piscinas con agua de mar.

Con motivo del veinte aniversario del Parque Marítimo del Mediterráneo, en 2015, Antonio Martín publicó la intrahistoria de la creación de este ambicioso proyecto que comenzó a gestarse a finales de la década de los 80¹⁶. Antonio Martín relata que el por aquel entonces director-gerente de la empresa municipal Procesa y presidente de la ciudad autónoma desde 2001, Juan Vivas, presenció el largo proceso de gestación, construcción y puesta en marcha del Parque Marítimo:

Al principio era un sueño, luego fue una idea, después un proyecto y finalmente una realidad para disfrute y orgullo de todos los ceutíes. La idea se suscitó en 1989. Estaba de alcalde Aurelio Puya, quien nos encargó a Procesa que tratáramos de contactar con César Manrique para darle utilidad a esa gran obra que se había hecho en la marina ganándole terreno al mar.

El objetivo era trasladarle la idea de que construyera algo parecido al Lago Martiánez en Tenerife. El primer contacto con el artista canario fue muy fructífero y pronto mostró su predisposición, alentado del buen recuerdo que guardaba de la ciudad, en la que permaneció cierto tiempo mientras realizaba el servicio militar, en 1938. Manrique se trasladó a Ceuta con Amigó y Olcina en febrero de 1989 y, en marzo, escribió a Juan Vivas exponiéndole algunas ideas acerca de lo que debería hacerse. El encargo de Procesa al artista se concretó el 17 de marzo de 1989 y el 30 del mismo mes se firmó el contrato.

Antonio Martín recoge en su reportaje que César Manrique elaboró un primer boceto del que sería el futuro Parque Marítimo del Mediterráneo.

¹⁶ Antonio Martín, «Parque Marítimo del Mediterráneo: veinte años después», *Ceuta Reportajes*, Ceuta, 8 de diciembre de 2015. Recuperado el 18 de febrero de 2022 de <https://ceutareportajes.blogspot.com/2015/12/parque-maritimo-del-mediterraneo-veinte.html>

Aquella idea inicial «se parece mucho al resultado final». Según Juan Vivas, el artista canario tenía las ideas muy claras de cómo quería que fueran las instalaciones:

Quería que fuera un monumento a la naturaleza, un balcón al Mediterráneo y una sinfonía entre el agua, las piedras, la vegetación, el mar, la luz y el cielo. Que todas estas esencias de Ceuta estuvieran contenidas en esta obra. También quiso plasmar la combinación de murallas y agua. Desde el primer momento tenía muy claro que debía llamarse Parque Marítimo del Mediterráneo.

Desde que el proyecto se planteó hasta que se hizo realidad, transcurrieron varios años, por lo que en el mismo intervinieron y participaron varios alcaldes en diferentes etapas políticas:

Aurelio Puya propuso la idea y Fructuoso Miaja aprobó posteriormente el proyecto. La obra la empezó Francisco Fráiz y la culminó e inauguró Basilio Fernández. Transcurrió mucho tiempo y hubo que despejar muchas incógnitas, pero teníamos el presagio de que se estaba construyendo una obra de la que nos íbamos a sentir orgullosos durante mucho tiempo.

Así lo relata Juan Vivas, quien recuerda a otras personas:

César Manrique fue el *alma mater*, pero quiero destacar el cariño que puso en la obra el que durante muchos años ha sido delegado de Corsan en Ceuta, Jorge Martínez, o el trabajo realizado por Juan Orozco, que además de ser un extraordinario aparejador fue un artista de gran categoría.

Amigó y Olcina también destacan a Jesús Sánchez Gallego, el técnico de Corsan a pie de obra, «por su magnífico trabajo».

Según Antonio Martín, el Parque Marítimo del Mediterráneo fue costeado, en gran parte, gracias a los fondos FEDER, pero no fue la única fuente de financiación: «Un tercio provenía de los fondos europeos, otro lo puso la ciudad a través de las concesiones que también se gestionaron desde Procesa, y el otro tercio que faltaba lo aportó el Banco de Crédito Local (actualmente integrado en el BBVA)».

La ciudad autónoma de Ceuta contaba entonces, y cuenta, con un instrumento específico de promoción, consistente en una sociedad creada al efecto en enero de 1987. Es el órgano encargado de la gestión de las iniciativas cofinanciadas por Fondos Estructurales Comunitarios, y, a la vez, tiene por cometido facilitar, estimular, canalizar y viabilizar proyectos e iniciativas de índole empresarial. Tiene como razón social la de Sociedad Privada Municipal para el Fomento y Promoción del Desarrollo Socioeconómico de Ceuta, SA. Asimismo, y en cumplimiento de su objeto social, Procesa atiende y ejecuta cualquier otro encargo que la ciudad autónoma de Ceuta pudiera encomendarle en materia socioeconómica. Entre las funciones y objetivos de Procesa destaca la gestión de un conjunto de recursos financieros provenientes de la Unión Europea con la cofinanciación de la ciudad autónoma de Ceuta. Esta empresa es la que formaliza el encargo a Manrique, con la colaboración de Amigó y Olcina.

El actual alcalde-presidente de la ciudad autónoma de Ceuta, Juan Jesús Vivas Lara, era entonces director-gerente de la Sociedad de Desarrollo de Ceuta, SA, Procesa, la empresa pública que promocionó la iniciativa. A tal fin, se constituyó la mercantil Parque Marítimo del Mediterráneo, SA, en el año 1992 con el objetivo principal de planificar, desarrollar y controlar la ejecución de las inversiones necesarias para llevar a efecto la planificación de la fachada norte de la ciudad autónoma de Ceuta, en el área delimitada por el antiguo puerto de pescadores, el paseo de la Marina Española y la zona del muelle Alfau.



**El influjo de César Manrique
en Amigó y Oleina**



Otras ideas de Manrique con Amigó y Olcina

César Manrique, Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina acometieron otros proyectos en Tenerife. En 1969, Cándido García Sanjuán construye en la playa de las Américas (Adeje), el hotel Gran Tinerfe. «César diseña las piscinas y los jardines, y nosotros colaboramos con él», relatan los ingenieros. El nombre actual del alojamiento es hotel H10 Gran Tinerfe y, con el paso del tiempo, la piscina ha sufrido pequeñas modificaciones. «También hicimos con él una pequeña piscina en un espacio público en el acantilado de Los Gigantes, de nuevo junto a Luis Díaz de Losada como contratista, y la piscina del Club Oliver, en Santa Cruz de Tenerife».

Algunas ideas que los tres desarrollaron juntos con mayor o menor nivel de detalle nunca vieron la luz, como un centro de interpretación en la zona de pre-parque del parque nacional de Doñana, en Sevilla, un mirador en la isla de La Palma y el parque marítimo-terrestre de El Confital, en Las Palmas de Gran Canaria.

Los bocetos de un centro de interpretación en Doñana se exponen en la Sala Espacios de la Fundación César Manrique. Los promotores querían un establecimiento alojativo vinculado a la naturaleza y al avistamiento de aves en la zona de pre-parque. Así, a finales de los años ochenta idearon un centro educativo y de avistamiento de aves con alojamientos sobre unos palafitos de madera en el humedal. César hizo el dibujo, los ingenieros concretaron la

idea y hasta llegaron a dibujarse las perspectivas con un acuarelista. Era una idea muy concisa, casi a nivel de anteproyecto, que constaba de planta y perspectiva. Nunca pasó de ahí.

Amigó y Olcina recuerdan que el boceto de un mirador en la isla de La Palma integrado en la naturaleza y con vistas a la caldera de Taburiente era «como una casa entre los árboles, con un piso grande de madera integrado entre aquellos, a cierta altura del suelo, con huecos para que pasaran los troncos y los árboles pudieran crecer». Esta idea salió a relucir de nuevo al acercarse la fecha del 25 aniversario del fallecimiento del artista¹⁷, recordando que este falleció cuando iba a recibir el encargo de un mirador en La Cumbrecita. Así se recogió entonces en la crónica de *Diario de Avisos*:

Dos meses antes de su muerte, en julio de 1992, el Cabildo de La Palma había aprobado solicitar al Gobierno de Canarias que financiara la construcción de un mirador emblemático en la Isla, donde el artista eligiera, aunque apostaban por la atalaya de El Time, en Tifarafe, desde la que se contempla la totalidad del valle de Aridane, como el lugar adecuado.

Pero, Amigó y Olcina se refieren a una iniciativa anterior que data al menos de 1982, una idea general de la que no se conserva documentación y que también recoge la crónica antes aludida:

«Una mañana vinieron a verme, debía ser en 1982, César Manrique y el ingeniero Alfredo Amigó, que por entonces trabajaba con él. César traía lo que era un boceto para un mirador en La Cumbrecita, dibujado en un doble folio. Era una estructura hecha de madera», recuerda Gregorio Guadalupe, que también presidió el Cabildo en la primera legislatura de la democracia.

[...]

El actual jefe de servicio de Infraestructuras y uno de los más veteranos funcionarios del Cabildo, Gonzalo Castro, recuerda también el boceto y señala que, ante la falta de concreción en el presupuesto para su ejecución, los políticos «le cogieron miedo porque podía dispararse». La cronista (oficial) de Los Llanos de Aridane, María Victoria Hernández, también recuerda el boceto de Manrique para

¹⁷ David Sanz, «La deuda de la isla con César Manrique», *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de agosto de 2017, pp. 54-55.

La Palma, en cuya estructura predominaba la madera. Lamentablemente, pese a tocar numerosas puertas, no hemos podido encontrar aún aquel diseño, aunque sí está más que contrastada su existencia.

En 2020, María Victoria Hernández publicó un artículo titulado «El mirador de César Manrique en La Cumbrecita»¹⁸, en el que hace referencia a la visita que el artista realizó a La Palma en el verano de 1974:

La invitación al artista lanzaroteño a la isla se debía a la idea de las autoridades insulares y locales de construir un mirador emblemático con diseño de Manrique. Las instituciones más implicadas fueron el Cabildo Insular, bajo la presidencia del aridense Manuel Pérez Acosta, y la por entonces Delegación del Gobierno que dirigía el majorero Manuel Bethencourt Morales. Por documentos fotográficos sabemos que los lugares elegidos para visitar el amplio cortejo que acompañaba a Manrique fueron El Time en Tijarafe y La Cumbrecita en El Paso.

En el archivo de la antigua Delegación del Gobierno en la isla, la cronista oficial halló una copia original del proyecto borrador del mirador, pero «lamentablemente sin registro de entrada y sin firma legible del autor técnico que desarrolló los planos de alzado y planta de la idea original de César Manrique». La Memoria consta solo de dos folios y medio:

En el apartado de materiales proponen el uso de troncos de pinos, teja vieja, piedras de la zona «todos ellos identificados con el lugar y sin producir alteraciones en el paisaje». Detalla, incluso, que se ve perfectamente en el plano de cesión del inmueble «dejar incluso los pinos que estén en el interior de las edificaciones». Encontraríamos en el interior de edificio pinos vivos y en pleno crecimiento que formarían parte de la peculiar decoración del recinto, una idea muy propia de César.

En cambio, una idea que sí vio la luz es el Mirador de El Palmarejo, en la isla de La Gomera. Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina redactaron el proyecto y la dirección de obra la cedieron al ingeniero de Caminos Joaquín Soriano. El Mirador de El Palmarejo es uno de los lugares más visitados en la

¹⁸ María Victoria Hernández, «El mirador de César Manrique en La Cumbrecita», *El Apurón*, 1 de marzo de 2020. Recuperado el 18 de febrero de 2022 de <https://elapuron.com/noticias/opinion/137070/mirador-cesar-manrique-la-cumbrecita-2/>

isla de La Gomera, donde se le conoce como «el mirador de César Manrique». En 1989 se redacta y comienza a ejecutarse, pero se inaugura en 1995, tres años después de la muerte del artista, por lo que estamos ante otra obra suya inconclusa en vida.

Desde esta atalaya se contempla una de las panorámicas más espectaculares de la isla, y se alza en el punto más alto de la carretera que discurre hacia Valle Gran Rey. La visión desde las alturas es la de un paisaje rural gomero en el que resaltan los bancales en las pendientes, los caseríos que trepan por las laderas y los palmerales que salpican el conjunto. Esta zona se caracteriza por sus profundos barrancos y riscos verticales, lo que ha condicionado las comunicaciones hasta fechas relativamente recientes, cuando solo existían empinados y serpenteantes caminos que, en la actualidad, son un auténtico paraíso para los caminantes. Como en él era habitual, Manrique propuso una atalaya en una isla que es un mirador en sí misma, edificada con materiales propios del lugar para integrarlo en el entorno.

La revista *Sansofé* se hace eco en enero de 1989¹⁹ de que el proyecto de un parque marítimo-terrestre en El Confital, en la ciudad de las Palmas de Gran Canaria, «se ha encargado ya a César Manrique, con quien el concejal de Urbanismo ha mantenido contactos». En aquel tiempo, el gobierno municipal se planteó convertir la zona situada entre Las Canteras y El Confital, pasando por La Puntilla, en un parque marítimo-terrestre que conectase ambos sectores y sirviese de balconada a esa parte del istmo de La Isleta. Otro de los objetivos consistía en recuperar la playa situada en El Confital, que era completamente desconocida para la mayoría de la población. El tramo entre La Puntilla y el inicio de la playa de El Confital, de perfil costero serpenteante, estaría recorrido por un paseo a modo de cornisa. El problema de fondo radicaba en que el Ayuntamiento consiguiese los terrenos.

«Lo de El Confital fue un boceto, pues no llegó a anteproyecto», recuerdan Amigó y Olcina. Dibujaron el plano de planta, las perspectivas —hicieron cuatro— y una maqueta: «Se hizo una maqueta impresionante. Era una idea preciosa, magnífica». Se encargó al maquetista con el que trabajaban habitualmente —Heredia— y la perspectiva se dibujó a acuarela, que era lo usual en aquella época. Con motivo de la presentación de la idea, Heredia introdujo

¹⁹ Daniel Ramos, «La Puntilla y El Confital: de la marginación al estrellato», *Sansofé*, Las Palmas de Gran Canaria, n.º 4, 2ª época, 26 de enero de 1989, pp. 19-20.

el modelo en una furgoneta en Santa Cruz de Tenerife y embarcó en el ferri rumbo a Las Palmas de Gran Canaria, «pero con la mala fortuna de que el mal tiempo sacudió el barco de tal manera que destrozó la maqueta y el pobre hombre tuvo que rehacerla a contrarreloj», evocan los ingenieros.

El prototipo estuvo expuesto meses en Las Palmas de Gran Canaria. José Tristán Pimienta fue la persona de contacto del Ayuntamiento de la ciudad con Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina.

José Tristán Pimienta recogió y publicó los pormenores del devenir del parque marítimo de El Confital²⁰, pues no en vano, en 1991 había sido el comisario de la exposición «Una ciudad que despierta; exposición de proyectos y maquetas», en el Edificio Elder (muelle de Santa Catalina, mayo-junio, 1991, Las Palmas de Gran Canaria), en la que se exhibió la maqueta realizada por el equipo Manrique-Amigó-Olcina para El Confital. Escribió José Tristán Pimienta:

Pese a que en Canarias existen ejemplos de rentabilidad de los espacios costeros que no están ligados al negocio inmobiliario sino a la explotación del ocio desde el respeto a la Naturaleza y el Medio Ambiente, lo que aporta un considerable valor añadido a la calidad de la oferta turística, hay quienes se empeñan en las viejas fórmulas del desarrollismo.

También recoge el preámbulo de la memoria del Avance del Plan General de Ordenación de Las Palmas de Gran Canaria, que coincide con la del documento que se presentó para su aprobación definitiva a la Comisión de Ordenación del Territorio y del Medio Ambiente de Canarias (COTMAC), cuando se refiere al parque marítimo de El Confital, «una operación emblemática y estratégica para el desarrollo de futuro de la capital grancanaria justamente contemplada entre las actuaciones que refuerzan la capitalidad»:

En el extremo norte de La Isleta existe una rasa costera que constituye una singularidad respecto al resto, tanto por sus diferencias topográficas (sus bordes no marinos forman laderas con unos 200 metros de desnivel), como por sus condiciones de difícil accesibilidad. Estas características de aislamiento facilitaron

²⁰ José Tristán Pimienta, «El Confital, ocio y negocio», *Anada Siglo XXI, Revista de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, n.º 26, 1 de enero de 2001, pp. 42-45.

durante años el que se convirtiera en foco de marginalidad respecto del resto del territorio de La Isleta y de la ciudad. El lugar, además de por los valores que posee como elemento geográfico, adquiere su mayor relevancia por el componente de esparcimiento ciudadano que puede asumir gracias a su posición de remate norte de la playa y paseo de Las Canteras. La zona de Las Canteras es el centro turístico de la ciudad. Su potenciación pasa, además de por la cualificación del entorno edificado, por la implantación de nuevos elementos de esparcimiento que potencien el turismo. Y ese será el papel a jugar por El Confital, con un gran valor de posición, para localizar y desarrollar un enclave dotacional, diferenciado y complementario para el conjunto del frente marítimo de Las Canteras. El objetivo es, por tanto, la puesta en uso de este espacio singular, con un parque marítimo que contenga y propicie aquellos usos recreativos, deportivos y culturales que complementen y sean alternativa a la playa tradicional y a las actividades de su entorno.

Tristán Pimienta comenta la idea de César Manrique, que se recogería en la maqueta encargada por José Luis Olcina y Juan Alfredo Amigó:

Hace diez años esta fue una idea que se abrió camino entre los responsables del consistorio capitalino, que apostaron por encargar a César Manrique la elaboración de una propuesta que pusiera de manifiesto las potencialidades de ese espacio como lugar de ocio y atracción turística. En 1991, en el marco singular de las antiguas oficinas de Elder & Dempster, hoy desaparecidas, el artista conejero que hizo de Lanzarote un ejemplo mundial de desarrollo sostenible plasmando el binomio Naturaleza-Arte presentó la maqueta de aquella idea, elaborada por Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina, colaboradores de Manrique en varias de sus realizaciones marítimas, concitando una general aceptación ciudadana.

Asimismo, en el proyecto se ponía en valor el patrimonio cultural del entorno:

En lo alto del pico de La Isleta otro restaurante panorámico, embutido en la montaña como en el lanzaroteño Mirador del Río, facilitaba la conversión en museo de sitio de las alledañas Cuevas del Canario para ofrecer una muestra didáctica de la riqueza arqueológica de Gran Canaria conectándose con los equipamientos de la zona baja mediante un tren de cremallera. En la entrada del parque

marítimo se contemplaban tres aterrazadas de aparcamientos subterráneos que se prolongaban en su cota más baja en un paseo con locales de restauración, tiendas, balnearios, etc., quedando prohibido el acceso de automóviles al interior, realizándose los desplazamientos mediante un trenecito eléctrico no contaminante en cuyo recorrido se atravesaría un tramo submarino que permitiría contemplar el acuario de la cascada.

Relata José Tristán que, tras revisar junto a César y sus colaboradores algunos de los contenidos de la propuesta y sostener una reunión de coordinación con los arquitectos Chesa y Mena, redactores del Plan Especial del Paseo de Ronda Puntilla-Confital, la corporación municipal presidida por Emilio Mayoral decidió acometer como primera fase las actuaciones previstas en el lado sur, suprimiendo el tren de cremallera y el anfiteatro, cuyas prestaciones quedarían cubiertas por los previstos en el Parque de la Música, reduciendo el tamaño del gran lago central y eliminando el del tobogán para acrecentar el espacio de playa-jardín de uso libre y crear un palmétum. También se acordó la instalación en la plaza de La Puntilla de una escultura móvil de gran dimensión que sirviera de referente y pórtico de entrada al parque marítimo. Los equipamientos del lado norte quedaron en suspenso, pendientes de la redacción del Plan Especial previsto para La Isleta en la Ley de Espacios Naturales de 1987.

Sin embargo, tras las elecciones de 1991, una nueva e inestable corporación surgida de las urnas, el denominado «pacto *time sharing*», desestimó el proyecto. A pesar de que más tarde se intentaría retomar una propuesta presentada por el artista y su equipo, la trágica muerte de César Manrique en septiembre de 1992 lo paralizó todo. Un año más tarde, se volvió a retomar la idea de César y se decidió encargar a Amigó y Olcina la redacción de un proyecto de ejecución del parque marítimo, aunque no se llegó a materializar nunca dicho encargo. La fase inicial, que incluía los accesos, la playa-jardín, el palmétum y un paseo de ribera, les fue encargada por la Demarcación de Costas en mayo de 1995, fecha en la que se instaló en la recién terminada plaza de La Puntilla una escultura móvil de Manrique de la serie *Juguetes del viento*. Tras las elecciones municipales, se volvió a desestimar la idea y, con el paso del tiempo, cayó en el olvido.

En septiembre de 1992, José Luis Olcina y Juan Alfredo Amigó viajaron junto a César Manrique a Marbella invitados por el alcalde con el fin de

visitar una cantera de roca que el Ayuntamiento quería reconvertir en un auditorio. Pocos días después el artista fallecía en un accidente de tráfico. Meses más tarde, el alcalde de Marbella llamó a Amigó y Olcina para que aceptaran el proyecto, pero ambos declinaron el encargo. Así lo recuerdan:

También fuimos a Marbella porque Jesús Gil, el alcalde, quería hacer un anfiteatro en una cantera. César lo vio enseguida. Íbamos a preparar una idea. Vinimos a Tenerife directamente desde Marbella. Nos reunimos en la oficina porque César estaba diseñando una escultura móvil, *Homenaje a Santa Cruz*, la que está delante del Castillo Negro, junto al Parque Marítimo de Santa Cruz de Tenerife. Al día siguiente se fue a Lanzarote y, pocos días después, César muere en accidente. Ese boceto de la escultura fue lo último que hizo en nuestra oficina. Nos llamaron al poco de Marbella para encargarnos lo del anfiteatro, pero declinamos por respeto a la memoria de César.

La forma de trabajar de César Manrique

Todas las personas que trabajaron con César Manrique relatan un proceso de aprendizaje y apertura a la percepción del paisaje, puesto que a su liderazgo creativo añadió siempre una importante vertiente pedagógica en relación con la comprensión de los valores físicos y estéticos de sus intervenciones. Después de muchos años de trabajo al lado del artista, los ingenieros Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina son conscientes del influjo de Manrique.

«César influyó en mí para ver belleza donde yo no veía nada, nos enseñó a ver donde no veíamos, nos educó la mirada», afirma Juan Alfredo Amigó:

Los mismos callaos... César llegaba, insistía: «tócalo, acarícialo, fíjate...». Entonces llegabas realmente a ver que es una cosa bonita. Veía una cosa preciosa donde habías pasado cincuenta veces y no te habías fijado. Eso te hace ser mucho más sensible y apreciar las cosas realmente bellas que puede haber si tienes la sensibilidad suficiente.

Una anécdota de César que impresionó mucho a Juan Alfredo Amigó, porque no era de cara a la galería, sino que lo hacía estando solo, era la manera como se relacionaba con otros seres vivos:

Cuando veníamos a ver la obra del Lago, por la tarde, él se adelantaba, entraba e iba a saludar a un árbol que todavía existe, allí a la entrada, a mano derecha. Era un árbol vulgar que estaba abandonado en una zona de escombros junto a la playa y que él decidió salvarlo. Le hablaba, lo tocaba, lo acariciaba... porque estaba convencido —esto es absolutamente así— de que ese ser vivo necesitaba un poco de atención. Es un detalle más de su gran sensibilidad por el medio ambiente.

En otra ocasión, ambos recuerdan que, en la playa de El Socorro, en Los Realejos, cogía los callaos, los tocaba, se recreaba en su forma, en su tacto... hasta que un día decidió llevarse uno y lo puso sobre un pedestal en el Lago Martiánez, convirtiendo aquella piedra redondeada en una obra de arte que tardó miles de años en serlo. «Hasta que la mirada de César se cruzó en su camino», sostienen.

En sus intervenciones arquitectónicas y paisajísticas, César Manrique solía comenzar con un plano realizado a partir de un croquis dibujado por el propio artista a mano alzada y sobre el terreno, algo que era muy habitual en él. A pie de obra, César Manrique se involucraba por completo en la intervención hasta en los más mínimos detalles. Sus colaboradores destacan que era muy fácil trabajar con él, recababa la opinión de los ingenieros y aparejadores, de los encargados y de cualquier operario y, en contra de lo que mucha gente cree, estaba abierto a admitir sugerencias. Jamás impuso una idea o una solución. Una característica de la manera de trabajar de César era la humildad, a juicio de Amigó:

Él nos preguntaba a nosotros, pero también le preguntaba al peón que estaba por allí: «¿Qué le parece esto? ¿Y qué le parece si hacemos esto otro? ¿Le gusta? ¿No le gusta?». En contra de lo que muchísima gente cree, admitía sugerencias, admitía consejos y rectificaba su opinión en función de que lo convencieran de que lo que estaba haciendo podría ser mejorado. No era en absoluto una persona que se creyera en posesión de la verdad, ni muchísimo menos, sino exactamente todo lo contrario.

José Luis Olcina asiente y sostiene que la gente creía que César era muy exigente, que sería difícilísimo trabajar con él:

Pues era todo lo contrario. Además, era sensible a la opinión técnica. Muchas veces, en alguna obra se decía alguna cosa: «César, mira, esto no se puede hacer porque pasa esto». Y él respondía positivamente: «Bueno, ¡pues cambio! Hago otra cosa». Y le daba la solución inmediata. Con su genialidad era capaz de crear una nueva solución a ese tema que estaba planteado.

Los ingenieros subrayan que el artista explicaba cómo debía producirse la unión del cristal con la piedra, de los calladitos con los callaos, cómo debía ser el trabajo a cuchara para repasar el enfoscado y para crear superficies irregulares o cómo había que distribuir el ajardinamiento... Explicaba a los trabajadores cómo quería el detalle de los acabados. Enseñaba a los demás a ver la belleza que hay en cada material, en un callao, por ejemplo, y, seguramente por eso, su intervención generaba orgullo colectivo.

Ambos insisten en esta idea:

Todo el mundo nos pregunta: ¿Cómo era trabajar con César? Eso tenía que ser complicadísimo, por sus manías y sus excentricidades y tal... Que si movía las piedras veinte veces hasta que quedaban a su gusto... ¡Para nada! César no era un excéntrico, un caprichoso o un divo, sino una persona asequible que escuchaba las opiniones de cualquiera, hasta de los más modestos trabajadores. Efectivamente, hubo modificaciones a pie de obra, algo que era habitual en la forma de trabajar de César, pero se producían tras darle varias vueltas y estar seguro de ellas.

Otro aspecto del método de trabajo de Manrique es la manera como implicaba a todos los integrantes del equipo en el proceso creativo, con independencia de su cualificación o función. Buscaba la perfección, se detenía con los operarios en los pequeños detalles, contagiaba su entusiasmo en el proyecto y conseguía que todos se sintieran protagonistas del hecho creativo al reconocer expresamente sus habilidades y la maestría en el ejercicio de sus oficios, desde el jefe de obra al último peón, pasando por los albañiles, fontaneros, carpinteros, electricistas... Sus obras se hacían con entrega e ilusión, y cada uno daba lo mejor de sí mismo en busca de la excelencia creativa. Cuando visitaba las obras, «era muy minucioso en cada cosa, mo-

tivaba e incentivaba al trabajador y valoraba lo que hacía, y siempre decía algo, normalmente para felicitar a la gente, y eso gustaba mucho». Amigó lo recuerda:

Aquí tiene mucho mérito el aparejador Elías Fernández del Castillo. Elías era un empleado de Luis Díaz Losada que estaba a pie de obra. Nosotros íbamos solo por las tardes a la dirección de obra en el Lago Martiánez, pero él se pasaba la mañana entera absorbiendo ideas de César. Entonces, César le decía a Elías: «Mira, aquí vamos a poner un cactus, rodearlo de callaos, esto que sea zona verde, un poquito de césped...», etcétera. La obra duró tres o cuatro años, y cuando César se iba y a los quince o veinte días volvía, Elías le decía: «Vamos a ver, César, para que veas esto, a ver si te gusta». Y César respondía: «¡Perfecto!». Es decir, era un alumno aventajado. César le decía lo que quería y él —que, en definitiva, era parte del equipo— lo interpretaba. Y muy pocas veces César cambiaba lo que hacíamos en la jardinería.

José Luis Olcina añade otro nombre, Antonio Mendoza, el encargado general de la obra del Lago y que, además, «era un amante de las plantas y le encantaban, y realmente prestaba una ayuda muy buena a la hora de seleccionar y de plantar». Ahora bien, Olcina desvela que no había un criterio estrictamente botánico para plantar, sino que César elegía la especie que quería y cómo quería componerlo «y ellos buscaban la forma de que aquello funcionase y quedase bien plantado». Amigó refuerza la idea del contagio del entusiasmo en la creación:

Hemos hablado de un aparejador que estaba implicado, del jefe de obra... Estaban todos implicados porque se sentían —y nos sentíamos— todos protagonistas: los albañiles, los peones, los fontaneros... César iba —e íbamos— y comentábamos, les saludaba y les hacía sentir protagonistas.

Olcina rememora que en las piscinas se consiguió un drago «impresionante, maravilloso, y, desgraciadamente, se perdió». El drago que se trasplantó se traía por la calle Balboa, con una grúa colgando que tenía 15 o 16 metros de altura «y había dos turistas extrañados porque se asomaban a su apartamento y veían pasar un árbol por delante». Detrás iba toda la procesión.

Íbamos nosotros con César, los obreros, la gente, no sé si alguien del Ayuntamiento también... Parecía aquello una procesión de Semana Santa con una marcha, un ritmo del drago que íbamos llevando hasta que se colocó en la piscina. Fue una cosa genial, pero desgraciadamente, se perdió...

En cierto momento, Antonio Mendoza se fue para Venezuela y a su regreso apareció con las semillas de unos cocos que había visto allá, recuerdan ambos ingenieros: «Una persona que se va de viaje de vacaciones a ver unos familiares o no sé qué y lo más importante que trae son unas semillas para el Lago...». Un detalle que les sirve para subrayar la implicación de todos:

Hemos presenciado también venir un maestro de obra con su nieto para enseñarle, muy orgulloso, lo que él había hecho: «Yo construí ese banco», le dijo a su nieto. Y eso para él era una satisfacción. La gran satisfacción de César y nuestra, en este caso, era que todos los que participaron aquí se sentían protagonistas. El Lago, como todas las obras que hicimos con César, es fruto del trabajo, la entrega y el entusiasmo de muchísima gente y, sobre todo, se hizo todo con cariño y con afecto.

En su forma de trabajar, César Manrique no elaboraba planos. Todo lo más, dibujaba unas ideas muy generales de las formas que le interesaban en el primer soporte que tuviera a mano —una servilleta o la libreta de un técnico u operario—, y luego su equipo desarrollaba ese esquema elaborando el proyecto técnico, tarea en la que participaba el artista. Pero, los detalles constructivos y ornamentales los aportaba sobre el terreno, dejándose guiar por su inspiración y por la relación con el espacio físico y con la obra en construcción. Tras largos años de intensa colaboración, los dos ingenieros sintetizan los principales rasgos del método de trabajo de César:

Uno. El diseño de César era intuitivo, con un marcado efecto estético. Tenía un condicionante estético importante. Él, cuando cogía un plano, es como si hiciese un cuadro: te dibujaba las islas, la composición de las islas, de las piscinas, de los lagos y de los jardines... Era como la creación de un cuadro.

Dos. Su sentido vitalista. Era tremendamente vitalista, tenía unas enormes ganas de vivir y él en todas sus realizaciones buscaba siempre algo lúdico, buscaba que hubiese un tobogán, que hubiese una cueva, que hubiese una escalera que

pasase por debajo de un sitio... o un bar, que se creó en el Lago para poder tomar algo estando en el agua.

Tres. El sentido de la sorpresa. Decía que para ver una puesta de sol no se puede entrar en una habitación y verla con una ventana abierta. Él decía que había que tener la ventana cerrada y abrirla poco a poco. En todas sus realizaciones no entras de repente y lo ves todo, te hace entrar buscando un poco de misterio y de sorpresa, tanto en el Lago Martínez como en todo lo que ha hecho en Lanzarote.

Cuatro. La integración en el paisaje. Ya hemos comentado que manejaba todos sus elementos. La combinación de *arte-naturaleza* y *naturaleza-arte* para César era fundamental y no se sabe dónde acaba el arte y dónde empieza la naturaleza, porque él consigue hacer una simbiosis y una unión conjunta de todo.

Cinco. El respeto al patrimonio y a la arquitectura popular y tradicional: como los elementos que escogió de las garitas de San Telmo en el Lago Martínez, como rescató el molino de gofio en el Jardín de Cactus, el castillo de San Juan en el Parque Marítimo de Santa Cruz, unas murallas en Ceuta... Él se inspiraba siempre en un elemento que diese una ligazón a la obra a proyectar. Y en el Puerto de la Cruz fue la ermita-fortaleza de San Telmo.

Seis. La originalidad de los diseños y la minuciosidad en los detalles. Él pensaba en todo, hasta en la servilleta, el papel que iba a colocarse, el uniforme que iba a tener el personal... Cuando estábamos en fase de proyecto, pensaba en todo... Hasta los anuncios para los servicios de señoras y caballeros los diseñaba él.

Y siete. Finalmente, lo más destacable: su genialidad y su capacidad creativa. César tenía una genialidad impresionante y una gran capacidad de creación en un momento dado, de solucionar un tema y darle un efecto impresionante, sin estar sujeto a ninguna norma.

Amigó y Olcina recalcan que, cuando trabajaban con César, siempre debía haber un equilibrio entre la propuesta y la posibilidad técnica de llevarla a cabo. En Martínez tuvieron que renunciar a hacer unas cristalerías hacia las piscinas desde la sala de fiestas submarina porque no existían los materiales de hoy. «Caudicó ante la dificultad técnica porque era muy peligroso», señala Olcina. Sin embargo, para el llenado de las piscinas «se le ocurrió convertir esa necesidad en una fiesta a través de un volcán de agua. Es una idea genial porque todos los días había espectáculo. Con él no había imposibles: para eso está la ciencia y la tecnología», confirman ambos.

Manrique aporta soluciones insólitas, sutiles y elocuentes que realzan la belleza intrínseca del lugar sin enmascararla artificialmente. Recurre a los materiales del lugar buscando un diálogo respetuoso de la intervención con su entorno, a la vez que suele integrar elementos constructivos que toma de edificios históricos —espadañas, garitas...— y patrimoniales —chimeneas...— o propios de la tradición local —como bancales, taros, muros, socos...—, que relee con criterios modernos e incorpora a sus creaciones otorgándole en ocasiones nuevas funciones.

Para trabajar los materiales del lugar, César Manrique recurre a los mejores profesionales, por lo general maestros artesanos, que integra en los procesos constructivos: albañiles, carpinteros, pedreros, jardineros, herreros... La lectura global de su obra de arte público demuestra que Manrique tenía una especial intuición para crear ambientes únicos combinando arquitectura, artes plásticas y paisajismo. Olcina repasa algunos momentos del proceso de trabajo:

César aprovechaba las áreas que estaban deterioradas, utilizaba los materiales propios de la zona, utilizaba las piedras..., y así los islotes de las piscinas parece que eran islotes que estaban anteriormente ahí, que existían anteriormente en esa zona. En el Lago intervino poco en la fase del proyecto y muchísimo en la dirección de obra, y en los dos parques marítimos de Santa Cruz y Ceuta intervino muchísimo y con detalle en la fase de proyecto y, desafortunadamente, nada en la ejecución porque había fallecido.

En el proceso creativo de su obra pública, Manrique tuvo que relacionarse con las autoridades políticas. Amigó y Olcina lo tienen muy claro: «César convencía a los políticos»:

En Ceuta el alcalde quería que el castillo fuera enlucado en blanco, y César se opuso. Al final se quedó como decía César, en piedra vista. Prototipo de hombre libre, decía lo que pensaba y la gente lo asumía, aunque pudiera decir algo inconveniente ante la autoridad que te iba a encargar un proyecto, pero eso a él le importaba un bledo. Una vez llamaron a César porque querían hacer algo en la plaza situada delante de la Basílica de Nuestra Señora de la Candelaria, en Tenerife. Cuando se bajó del coche y vio la basílica, sus primeras palabras tras saludar a las autoridades fueron: «Lo primero que hay que hacer es tirar la basílica, que es estéticamente horrorosa». A aquella pobre gente le cambió el color de la cara.

Al ratito dimos media vuelta y nos marchamos. Este ejemplo ilustra que César no se cortaba un pelo, le daba igual quien estuviera delante. O cuando le dijo a Sánchez Bella, el ministro de Información y Turismo, a principios de los años setenta, que no había derecho al turismo que estaba trayendo a España. O los encontronazos que tuvo con algunas autoridades de Lanzarote, de todos conocidas. Era un ser libre, y si tenía que decir algo, lo decía a la cara. En cambio, con los diferentes alcaldes de Puerto de la Cruz conectó muy bien, porque todos eran favorables a lo que estaba haciendo. O con las autoridades ceutíes, que siempre le estuvieron muy agradecidas por lo que había hecho por Ceuta. César repetía que se sentía muy querido en Tenerife por las autoridades y por la gente. Se sentía escuchado, apreciado y reconocido como persona y como artista. Por eso lo llamaban y por eso venía a Tenerife encantado. Él disfrutaba con su trabajo y nos contagiaba a los demás su entusiasmo durante el proceso creativo. Y, por supuesto, sus creaciones de arte y naturaleza siempre despiertan emociones en los espectadores, no dejan indiferente a nadie.

Los colaboradores narran otra anécdota sobre la relación del artista con la Administración pública. Cuando se iba hacer el Lago Martiánez, uno de los concejales, en una reunión, propuso que los islotes dentro del Lago fueran siete y cada uno con la forma de las islas Canarias. «César dijo que eso era una cursilada y una catetada, mientras nosotros le dábamos patadas por debajo de la mesa para que se callara porque la opinión de ese concejal tenía mucho peso para aprobar el presupuesto». Amigó comenta la relación de César con la Administración pública:

Era de sinceridad absoluta. Era un ser libre y al alcalde o al ministro le decía lo que pensaba. Pero jamás habló de honorarios, jamás le preocupó este tema y en Lanzarote tampoco. Era una persona muy sencilla que no le daba importancia al aspecto económico cuando nos proponían un proyecto y que, cuando se quedaba en casa, nos decía que lo único que quería era un plato de potaje.

«En Tenerife se le quería como a un hijo», aseguran. Nada más pisar la calle las muestras de afecto «se sucedían una tras otra, ya que su carisma era desbordante». No le dejaban pagar cuando se sentaba en una terraza a tomar café —«A César le encantaba tomar pasteles por las tardes en el Café de París, enfrente del Lago»— y era habitual que los taxistas no le cobraran sus desplazamientos:

Fuimos testigos en varias ocasiones. «¡Cómo le voy a cobrar, don César, si para mí es un honor llevarlo!», le decían. Eso da la verdadera dimensión de su popularidad, un ejemplo que lo dice todo. Su humildad conquistaba.

Con el paso del tiempo, Olcina y Amigó han observado que algunos aspectos de la obra realizada junto a César Manrique presentan problemas de conservación y mantenimiento. En relación al Parque Marítimo de Santa Cruz, apuntan:

Nos causa un gran dolor y una profunda tristeza el pegote de ascensor que se colocó posteriormente a la entrada del recinto, porque había otras soluciones menos agresivas y más integrada y mimetizada en el conjunto, aparte de que es una falta de respeto hacia César.

Olcina subraya la necesidad de catalogar con detalle las intervenciones de César Manrique en sus obras públicas, para que no suceda como con el mural que realizó en la cafetería de la piscina de Los Alisios, con cuaderñas de barco pintadas de blanco, y que ha sido intervenido tras una reforma de la cafetería, partiéndose en dos trozos que se encuentran ahora colgados en dos paredes diferentes:

Deben sacarse fotos y que no se pierda cada detalle. Eso es lo importante, porque pasa un poco con un mural que había en el bar Los Alisios, junto a la piscina, que ha sido trasladado. Y ahora, como no hay fotos de antes, ni de después, no sabemos si ese traslado se ha hecho debidamente. Tampoco hay constancia de si se ha montado correctamente ese mural. Se tenían que haber tomado medidas previamente para haberlo trasladado correctamente de sitio y eso pues no se llegó a hacer. Y ahora nos han comentado que no se sabe si está correcto o si no. Intentamos acordarnos de cómo estaba puesto antes, pero no hay ninguna foto de aquella época que tuviésemos de cómo dejó el mural hecho César en ese bar.

César Manrique aparece en los proyectos redactados y firmados por los ingenieros Amigó y Olcina como director artístico. César diseña y Amigó y Olcina le dan la solución técnica, aunque a veces improvisa a pie de obra debido a su gran creatividad. Los ingenieros no se sienten incómodos con el hecho de que se nombre solo a César Manrique como autor de las obras:

Éramos conscientes de que la colaboración y la intervención de César fue vital para hacer algo mucho mejor hecho que si no hubiera estado él, aunque ante los medios la autoría aparecía como un proyecto exclusivo o casi exclusivo de César Manrique. Tampoco nos importaba que se le atribuyera a César la obra, porque realmente tiene un peso enorme en el resultado final. Ante la historia, en Wikipedia, del Lago Martiánez se dice: «Fue diseñado por el artista lanzaroteño César Manrique junto a los ingenieros de Caminos Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina, que proyectaron y dirigieron las obras». Esto responde a la realidad. El conjunto no llega a 50.000 metros cuadrados, y no 100.000 como dice Wikipedia. En nuestro fuero interno los autores somos los tres. Pero en un porcentaje importantísimo, César se llevaba en exclusiva todos los honores, lo cual era lógico porque él era la persona famosa y porque sin él no se hubiera hecho Martiánez como hoy lo conocemos, por ejemplo. Se hubiera hecho otra cosa, pero no eso, porque si César no le da la impronta, a lo mejor al ministro Sánchez Bella no le hubiera gustado... Nosotros reconocemos cien por cien la labor y el valor de las aportaciones artísticas de César, y nos sentimos orgullosos de haber trabajado con él y de las cosas que hicimos juntos.

Manrique manifestó siempre gran aprecio personal por Juan Alfredo, José Luis y sus familias:

Nuestra relación con César se convirtió casi en una relación familiar, con una relación cercana con nuestras familias, viajamos juntos, viajábamos los veranos con nuestras familias a Lanzarote, y teníamos una relación muy cercana.

Ambos recuerdan en especial el último viaje que hicieron juntos en un crucero por los fiordos noruegos durante el último año de vida del artista:

César tenía una ilusión enorme por hacer un crucero, llevaba años. Le organizamos el crucero. César se negó rotundamente a saber el destino. Se acababa de operar de la vista y solo llevó un poco de ropa de verano e invierno. Salimos de Tenerife hacia Londres sin saber a dónde iba. ¡Cómo disfrutaba de las experiencias y las sorpresas, qué capacidad de disfrutar! No trajo dinero ni tarjeta ni nada. Estando en Harrods, en Londres, nos preguntó: «¿Me puedo comprar esta chaqueta?». Así todo el viaje, que le sentó de maravilla por su gran capacidad para divertirse.

Y reflexionan:

Si no llega a tener aquel fatal accidente... César estaba en unas condiciones físicas y mentales fabulosas, quién sabe la de cosas que se pudieron haber hecho. Al poco, incluso, vinieron a vernos dos arquitectas desde Brasil para hacer un lago en aquel país... Él siempre lamentó no haber hecho nada en Gran Canaria. Quizá se hubiese hecho lo de El Confital, o lo de Marbella, o ninguno de los dos. O no sé cuántas cosas más. Quién sabe...

Olcina y Amigó concluyen con algo que César les comentó en varias ocasiones: «Yo, proyectos arquitectónicos no he hecho ninguno; lo único que he hecho es tratar de aplicar mi conocimiento del arte, con mi sensibilidad, a grandes espacios y relacionarlo con la naturaleza». Y, finalmente, en esa creación, para él la clave consistía en «crear con absoluta libertad, sin miedo y sin receta, porque conforta el alma y abre el camino a la alegría de vivir».

Epílogo



César Manrique recibió la Medalla de Oro de la ciudad de Puerto de la Cruz el 13 de junio de 1991 de manos del alcalde, Félix Real González, por su aportación al desarrollo de la ciudad turística. El alcalde manifestó:

El genio creador de César ha hecho de Puerto de la Cruz el emblema turístico de Canarias y la ciudad le agradece su dedicación al proyectar internacionalmente la singularidad, la fama y el prestigio de una obra única que, como solo sabe hacer Manrique, es una exaltación de la naturaleza y el hombre.

Félix Real González se refirió al complejo turístico municipal Costa Martiánez como una de las más excepcionales obras de infraestructura turística que ha creado el ingenio humano. Al recibir la distinción, César dijo que, cuando empezó a trabajar, era consciente del reto que suponía embellecer la costa, no como límite competitivo entre el mar y la tierra sino como un lugar de encuentro entre el mar y la ciudad. Puerto de la Cruz tiene una deuda pendiente de saldar con este equipo irrepetible.

En 2019, el diario *El Mundo* publica un reportaje sobre «las piscinas públicas urbanas más espectaculares de España»²¹ y las tres primeras que

²¹ Javier Mazorra, «Estas son las piscinas públicas más espectaculares de España», *elmundo.es*, 13 de junio de 2019. Recuperado el 18 de febrero de 2022 de <https://www.elmundo.es/viajes/espana/2019/06/13/5cfe329bfc6c8366698b461b.html>

cita son, por este orden, el Parque Marítimo del Mediterráneo en Ceuta, Costa Martiánez en el Puerto de la Cruz y el Parque Marítimo de Santa Cruz de Tenerife. Tres obras del equipo formado por César Manrique, Amigó y Olcina.

Juan Alfredo Amigó Bethencourt, santacrucero nacido accidentalmente en la ciudad de Valladolid en 1938, es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Cursó sus estudios en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos de Madrid.

Ingresa como ingeniero colaborador en la Jefatura de Carreteras de Santa Cruz de Tenerife, donde interviene en la redacción y dirección de varios proyectos de carreteras. Previo concurso, es nombrado en 1969 ingeniero jefe de la Oficina Técnica de la Empresa Municipal de Aguas de Santa Cruz de Tenerife (Emmasa). En 1985 es designado director gerente de Emmasa, cargo en el que permanece hasta su jubilación en 2004.

Ha sido consejero de varias empresas públicas y privadas, fue miembro del Comité Directivo Nacional de la Sociedad Española de Abastecimiento de Aguas y del Consejo Social de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, siendo nombrado presidente de la Comisión de Capitalidad y Área Metropolitana. Es patrono de la Fundación César Manrique desde 1992.

Le ha sido concedida la Medalla de Oro de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, en 2005, y la Medalla al Mérito Profesional del Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, en 2008, y ha sido objeto de muy variadas y numerosas distinciones de las asociaciones de vecinos de Santa Cruz de Tenerife.

José Luis Olcina Alemany nació en Alcoy en 1940 y su vocación fue siempre la ingeniería. Terminó su carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos con el título de Doctor en 1964, año en el que se incorporó a la Junta Administrativa de Santa Cruz de Tenerife, pasando posteriormente a la Jefatura Provincial de Carreteras de Santa Cruz de Tenerife.

En esta época intervino en el proyecto y ejecución de la autopista del Sur, en Tenerife, colaborando en la obra con Juan Amigó de Lara y José Miguel Galván Bello. En 1984 pasó a la Consejería de Obras Públicas del Gobierno de Canarias hasta abril de 1993, fecha en que pidió la excedencia para dedicarse al ejercicio libre de la profesión. Ha intervenido como responsable en proyectos de carreteras como la autopista del Sur TF-1; la autopista del Norte TF-5, entre El Peñón y El Sauzal; la autovía de Santa Cruz de Tenerife

a San Andrés; el acondicionamiento de la carretera entre Santa Cruz de La Palma y Los Llanos de Aridane; la carretera entre Valverde y puerto de La Estaca, en El Hierro; la Avenida Marítima de Santa Cruz de La Palma; o la nueva carretera Vía de Penetración por el Sur a Santa Cruz de Tenerife.

Además, ha intervenido en las construcciones del teleférico al pico del Teide, del túnel y avenida Tres de Mayo, y de los túneles de Las Chumberas. Es patrono de la Fundación César Manrique desde 1992. Le ha sido concedida la Medalla al Mérito Profesional del Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, en 2012.

Ambos constituyen la sociedad Amigó y Olcina Ingenieros, SL, para el ejercicio libre de la profesión —para lo cual Amigó fue autorizado de forma expresa por el pleno del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y Olcina por el Gobierno de Canarias— y acometen juntos diversos proyectos. Entre ellos, destacan los puertos deportivos de Radazul y acantilado de Los Gigantes; los diques de defensa de la playa de Las Américas; el proyecto y obra de las piscinas de orcas y el aviario en Loro Parque, en Puerto de la Cruz; el proyecto, urbanización e infraestructuras del parque acuático Siam Park, en Adeje; el proyecto y obra de remodelación y actualización del Lago Martiánez; el puente de Loño sobre el barranco de Santos, en Santa Cruz de Tenerife (concurso nacional); el Palmétum, en Santa Cruz de Tenerife, junto al ingeniero agrónomo Manuel Caballero, oficialmente nombrado como mejor Jardín Público de España 2018; obras de infraestructura de los barrios periféricos y rurales de Santa Cruz de Tenerife; o la urbanización del polígono del Rosario en Santa Cruz de Tenerife y de diversos barrios en La Laguna.

La colaboración de ambos con César Manrique se desarrolló durante veinticinco años y contempla los proyectos de piscinas en Martiánez, Lago Martiánez, y Playa Jardín, los tres en Puerto de la Cruz; el Parque Marítimo César Manrique (idea y diseño: César Manrique) y la plaza del Castillo Negro, en Santa Cruz de Tenerife (idea y diseño: César Manrique); y el Parque Marítimo del Mediterráneo, en Ceuta (idea y diseño: César Manrique). César Manrique no pudo ver finalizadas las obras de los proyectos de los parques marítimos de Santa Cruz y de Ceuta.



Documentación



Bibliografía

CHAVES, Andrés: *Ceuta: nuestro paraíso. Parque Marítimo del Mediterráneo*, Editorial Burgado, Santa Cruz de Tenerife, 1997.

GARCÍA, Domingo: *Personas en la vida de Canarias*, 1987.

LEMUS, Nicolás, y HERNÁNDEZ, Melecio: *El turismo en la historia del Puerto de la Cruz*, Escuela Universitaria de Turismo Iriarte, Puerto de la Cruz, 2010.

SANTANA, Lázaro: *César Manrique, un arte para la vida*, Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1993.

SANTANA, Lázaro: *Parque Marítimo César Manrique. Santa Cruz de Tenerife*, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1995.

Fuentes audiovisuales

«Arte junto al mar. César jugando en el agua», conferencia impartida por Francisco Galante, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna y la KU Leuven, con motivo del cuarenta aniversario del complejo Martiánez, Puerto de la Cruz, 2017.

«Descubriendo a César a través del Lago Martiáñez», conferencia impartida por Alfredo Díaz Gutiérrez, portavoz de la FCM, con motivo del cuarenta aniversario del complejo Martiáñez, Puerto de la Cruz, 2017.

«Las etapas de la génesis en Costa Martiáñez», conferencia impartida por Nicolás Lemus, doctor en Geografía e Historia de la Universidad de La Laguna, con motivo del cuarenta aniversario del complejo Martiáñez, Puerto de la Cruz, 2017.

«Martiáñez, el genio y la mano del hombre», conferencia impartida por Salvador García Llanos, ex alcalde de Puerto de la Cruz, con motivo del cuarenta aniversario del complejo Martiáñez, Puerto de la Cruz, 2017.

«Proyectos junto a César: así se trabajaba», mesa redonda en la que intervienen Juan Alfredo Amigó, José Luis Olcina y Esteban Armas, organizada por la FCM dentro de los actos del centenario del nacimiento de César Manrique, Sala José Saramago, Arrecife, 2019.

«Recuerdos del proceso constructivo del Lago Martiáñez», charla-coloquio impartida por los ingenieros Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina con motivo del cuarenta aniversario del complejo Martiáñez, Puerto de la Cruz, 2017.

Fuentes documentales

Archivo de la Fundación César Manrique, Lanzarote.

Jable. Archivo de prensa digital de la ULPGC, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

Proyecto reformado de Lago Artificial en la Costa de Martiáñez (Puerto de la Cruz, Tenerife). Juan Alfredo Amigó Bethencourt y José Luis Olcina Alemany, ingenieros de Caminos, 1974.

Fuentes orales

Juan Alfredo Amigó Bethencourt.

José Luis Olcina Alemany.

Imágenes



Agradecimientos



A Juan Alfredo Amigó Bethencourt y José Luis Olcina Alemany, ingenieros, por su valiosa ayuda y su amistad.

A Alberto Perdomo de la Hoz y Gloria Valenciano Rijo, por las transcripciones.

A Félix Pintado Pico, subdirector de la Biblioteca Universitaria de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, por las facilidades prestadas para acceder a la Hemeroteca Jable.



Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina. Obra con César Manrique
de Mario Alberto Perdomo
es el número quince de la colección TORCUSA,
editada por la Fundación César Manrique.
Se acabó de imprimir
el día 29 de junio de 2022
en los talleres de Roal,
en Madrid

